

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El templo de la ciencia

Desirée Diderot, una bella y audaz agente del espionaje y contraespionaje francés (SDECE) afronta una misión interesante e inquietante: resolver el enigma que representa el secuestro de algunos de los mejores científicos del mundo, entre los que se hallan varios Premios Nobel. La idea inicial de estos secuestros es buena: crear un templo donde se acumule todo el saber del mundo, para mayor gloria y mejor provecho de la Humanidad. Sin embargo, como siempre, prevalece la maldad y la desorbitada soberbia y ambición humanas, y el templo de la ciencia propuesto resulta inviable y perverso…



Lou Carrigan

El templo de la ciencia

Brigitte en acción - 441

ePub r1.1
Titivillus 04.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Una historia para Frankie

—Muy bien —exclamó Frankie, entrando impetuosamente como siempre en el salón del apartamento de Brigitte—… ¿Se puede saber dónde has estado estos últimos días?

—En Cuba, atendiendo un caso de Servicio Super Secreto[1] —respondió Brigitte, con una copa de champán en la mano.

—¡No estoy hablando de eso! ¡Eso fue antes! Regresaste de Cuba y de todo ese lío del SSS, pero volviste a desparecer. ¡Zambomba! ¡El apartamento está precioso![2]

—Me había parecido que no lo notabas —murmuró Brigitte, suspirando—. Ha costado mucho dinero y unas cuantas semanas de paciencia, pero en efecto ha quedado muy bonito, ¿verdad? Y más moderno. Todo exige de cuando en cuando una renovación, querido Frankie.

—Tú no —aseguró Frankie, sentándose en un sillón moderno y confortable desde el cual podía contemplar las bellísimas piernas de Brigitte—. Tú no necesitas renovación de ninguna clase. Tú eres la reina de la belleza, del amor, de la vida, ¡de todo!

—Calma, calma —exclamó Brigitte Baby Montfort, riendo—. ¿Quieres una copa de champán?

—Es lo único que bebo, lo sabes muy bien. Además, ofrecido por ti yo bebería incluso veneno. ¡Pero quiero saber dónde has estado estos días pasados!

—¿Cómo podría explicártelo? Encontré casualmente a un amigo y él me contó una historia.

—¿De espionaje?

—Claro, Frankie. Naturalmente. ¿Te gustaría escucharla?

—De tus labios yo escucharía incluso la ópera *Aida*.

—¡Eso sí que estaría bien! Pero yo no soy una cantante de ópera, como Montserrat Caballé.

—Porque no quieres —aseguró Minello—. Si quisieras cantarías

incluso ópera. Tus labios pueden emitir sonidos divinos, maravillosos. Esto aparte, la Caballé está gorda y tú eres una filigrana de la Naturaleza. ¡La mejor obra de Dios!

—Zambomba, Frankie —exclamó Brigitte, entornando los ojos —. ¡No seas tan exagerado! No, no digas nada más. Ya basta de barbaridades. Lo mejor será que te explique la historia que me contaron. El asunto comienza en una oscura noche en la Costa Azul francesa.

Capítulo primero

El Renault-11 pasó lenta y silenciosamente por la Avenue Tour Gandolphe de la zona residencial de Cap Ferrat, toda ella cubierta de pinos y aromatizada por el mar y los muchos arbustos de flores de toda clase que perfumaban la noche primaveral.

La iluminación espaciada, si bien adecuada, parecía resbalar sobre el tono azul metalizado del coche, que era apenas visible, deslizándose como una sombra entre las sombras. Dentro del vehículo, solamente se distinguía la persona que lo conducía. No parecía haber nadie más.

Pero a las tres de la madrugada, circulando con aquel sigilo, y tras haber pasado ya antes otras dos veces por el mismo sitio, el coche podía dar que pensar a alguien.

Por ejemplo, al hombre que, también escondido en su automóvil, un discreto Peugeot-505 (por supuesto de color oscuro), estaba allí precisamente a la espera de hechos anómalos.

¿Se podía considerar anómala la presencia del R-11? Pues más bien sí, considerando que era la tercera vez que pasaba precisamente por delante de la villa que estaba vigilando el hombre oculto en el Peugeot-505. Así que éste se dispuso a estar prevenido contra todo si el R-11 volvía a pasar por allí.

Al parecer no iba a pasar. Y ello porque, a unos setenta metros del Peugeot 505, el R-11 se detuvo, y todas sus luces fueron apagadas. Durante diez minutos no sucedió nada más. Se podía pensar que el conductor del coche, el tipo de cabellos largos y correcto perfil, se disponía a pasar el resto de la noche durmiendo dentro del vehículo, lo que habría resultado chocante en una zona tan exclusiva como aquella.

«Algo está tramando», pensó el del Peugeot-505.

Y en efecto, casi transcurrido finalmente algo más de un cuarto de hora, el conductor del R-11 se apeó de éste. Desde su bien

instalado escondrijo dentro de su coche, el del Peugeot-505 distinguió la esbelta silueta del otro, mientras éste cerraba su coche. Era muy, muy esbelto, y cuando comenzó a caminar el del Peugeot-505 adivinó una agilidad extraordinaria en aquel cuerpo fino y de movimientos elásticos.

Este personaje, vestido completamente de oscuro, llevaba un chaquetón para protegerse del fresco, casi frío de la noche, que la cercanía del mar henchía de humedad. Allí, en plena Costa Azul, en cualquier momento podía aparecer otro coche, o varios, llenos de divertidos juerguistas, pero por el momento el silencio y la quietud eran totales.

El sujeto del R-11 llegó caminando con toda naturalidad junto a las verjas de una de las villas. Llevaba un portafolio, o algo parecido… Un maletín de viaje, al parecer. Le vio pasarse el asa por una muñeca, y utiliza así libremente ambas manos para escalar las verjas, lo que hizo con la presentida agilidad.

En un abrir y cerrar de ojos el intruso saltaba al interior del jardín, y desaparecía entre las sombras, sin duda en dirección a la casa cuya blanca forma se divisaba al fondo, entre pinos. Una casa que, en aquellos momentos, estaba desocupada.

Así pues, pensó con decepción el vigilante oculto, ¿aquel ágil sujeto iba a robar? ¿Se trataba de uno de tantos robos en las suntuosas villa de la Costa Azul?

La idea pasó veloz por la mente del hombre del Peugeot-505: ¿y si el intruso se disponía a colocar una bomba en la casa…, una bomba con mecanismo de tiempo, o con sistema de detonador a distancia, a voluntad, por medio de onda de radio…?

Conteniendo una exclamación el hombre del Peugeot-505 salió velozmente del coche, y echó a correr hacia las verjas, las cuales salvó con no menos agilidad y rapidez que el anterior intruso. En cuestión de segundos se encontró como sumergido en la oscuridad total, pero enseguida la iluminación de la Avenue Tour Gandolphe pareció abrirse paso entre las frondas del jardín lo suficiente.

Comenzó a acercarse a la casa, en silencio, con la pistola en la mano, y a la cual, mientras caminaba, le colocó el silenciador. Pronto vio la casa, grande, confortable, señorial. Tenía dos pisos, y, en efecto, no había luz en ninguno de ellos, en parte alguna. Los toldos estaban recogidos. Se acercó más, y vio el reflejo de algunas

estrellas en las aguas de la piscina, tan inmóviles que parecían un cristal.

La noche olía a flores y a mar. Y a pinos.

La mirada del hombre del P-505 fue hacia la fachada de la casa. No veía nada allí. Se imaginó al hombre del R-11 escalando cualquier pared, por cualquier medio: con ventosas, o utilizando cualquier enredadera, o aprovechando las ranuras de las diferentes losas… Tenía la certidumbre de que aquel sujeto era capaz de cualquier escalada, de cualquier hazaña de esta clase.

Y si no se le veía era que estaba dentro de la casa.

No podía ser otra cosa.

El hombre del P-505 apretó los labios en una hosca sonrisa. Muy bien, el otro tendría que salir, y entonces habría llegado el momento de darle un buen susto. Así que buscó el lugar más adecuado para regresar a las verjas y regresar al exterior, y se apostó allí. Podía ver la casa perfectamente, además. Sólo tenía que esperar.

La espera duró casi diez minutos. Transcurridos éstos, vio la sombra del otro descolgándose por la fachada. Era sencillamente admirable. Parecía que no estuviese haciendo nada…, y estaba deslizándose pared abajo. Le vio saltar el último metro, efectuar una flexión cómoda, suave, y dirigirse rápidamente hacia las verjas…, naturalmente eligiendo el camino que él había elegido para apostarse.

En cuestión de segundos el intruso pasaba junto a él. Esperó a que estuviese de espaldas, y entonces extendió el brazo armado y ordenó, con tono seco y amenazador:

—Quieto ahí o disparo. Y levante los brazos. ¡Vamos!

El otro obedeció, tras un segundo de inmovilidad, que sin duda necesitó para asimilar la idea de que había sido cazado y que la amenaza no debía de ser ninguna broma. El maletín quedó bien visible pendiente de su mano izquierda.

—Permanezca así —ordenó el hombre del P-505, siempre secamente—. Si hace el menor movimiento le lleno la espalda de plomo.

—Tranquilícese —replicó el intruso—… Por mi parte no haré nada que le inquiete. ¿De acuerdo?

El hombre del P-505 tuvo la sensación de que acababan de

descargarle en plena cabeza un golpe con un mazo de goma. Estaba como sordo y aturdido. Y desconcertado. ¿Lo había soñado o había oído una voz de mujer? ¿Era una mujer el agilísimo sujeto que había llegado en el R-11?

—Pero qué demonios —masculló—… ¡Salga al camino, que le vea bien a la luz de la avenida!

—Tranquilo, tranquilo… Usted manda, yo obedezco.

¡Vaya si era una mujer! A menos que fuese un marica total y hasta en una situación como aquella le diese por coquetear. ¡Qué tontería!

Salieron los dos al sendero al que sí llegaba suficiente luz desde la avenida.

—Siga siempre con los brazos en alto —insistió el del P-505—… No se complique la vida, créame.

—Ya le he dicho que de acuerdo, ¿no? —pareció fastidiarse no poco el tipo del R-11.

Es decir, la mujer. ¿O no era una mujer?

El del Peugeot-505 se acercó por detrás, le cacheó en busca de algún arma, y al pasar la mano por el pecho notó bajo el grueso jersey el inconfundible tacto de unos pechos femeninos, razonablemente grandes, increíblemente consistentes, sólidos. Retrocedió un paso, aprovechando el movimiento para llevarse con la mano izquierda la peluca de la mujer, arrancándola con un tirón bien calculado. Inmediatamente, la luz se reflejó en el casquete de nylon bien ceñido que recogía los cabellos femeninos, dando la momentánea sensación de calvicie total…

Justo en ese momento el hombre del Peugeot-505 recibía el tremendo patadón en los testículos.

Fue una auténtica coz que le disparó la mujer lanzando la pierna derecha hacia atrás en impecable golpe de tae-kwon-do, al tiempo que se dejaba caer de bruces al suelo, con las manos por delante. El bien calculado golpe acertó de lleno al hombre del P-505, pero éste pudo disparar. Se oyó el «plop» del disparo con silenciador, la bala crujió hacia el cielo…, y la pierna izquierda de la mujer apareció ante el crispado e inclinado rostro de su adversario.

En un veloz giro, el pie alcanzó al hombre del P-505 en plena barbilla, y lo enderezó. En sus ojos parecieron estallar miles de estrellas de colores, en sus oídos se rompían miles de estridentes

silbidos. Tuvo la clara conciencia de que la mujer aparecía ante él y le sujetaba y desviaba la mano armada. A continuación recibió por encima de la oreja izquierda el tremendo impacto de una mano pequeña que parecía pura y simplemente de piedra. Tuvo la sensación de una bomba craneal, de un estampido horrísono…

Y eso fue todo.

* * *

Abrió los ojos, y tardó algunos segundos en comprender la situación. Se hallaba tendido en el sendero, cara al cielo, y sobre él caía la luz de la Avenue Tour Gandolphe.

—Vaya —dijo la voz femenina, en tono jocoso—, ¡de modo que todo un héroe americano! O por mejor decir, un norteamericano. Vamos, un yanqui… ¿No es así, señor Murray?

El hombre del Peugeot-505 sacudió la cabeza. Luego, se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta donde solía llevar la billetera. No estaba allí.

—La tengo yo, señor Murray —dijo la mujer—. Y también tengo su pistola. Lo que no tengo es su mente, así que no conozco sus intenciones. ¿Sería tan amable de decirme qué hace usted aquí?

—¿Y usted? —gruñó el hombre del Peugeot-505—. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Oiga, es usted quien está en suelo extranjero, ¿de acuerdo? Yo soy francesa, estoy en Francia…, y además tengo las armas. Usted es yanqui, estaba cometiendo allanamiento de morada, y llevaba armas. ¿A quién cree que trataría peor la policía francesa?

—Váyase al demonio.

—Señor Murray, en esta tarjeta de identidad norteamericana se dice que es usted periodista. ¿Lo es realmente?

—Claro que sí.

—Pues chóquela, colega: yo también lo soy.

John Murray se quedó como quien ve visiones contemplando la mano que le tendía la muchacha, tras pasarse la pistola a la izquierda. Miró la mano, miró el rostro de la muchacha, de nuevo la mano… La aceptó, la estrechó con fuerza, y la muchacha tiró de él, ayudándole a ponerse en pie… sin que Murray olvidase ni un instante que ella tenía una pistola en la mano izquierda.

—Me parece —rió la muchacha— que aquí hay un malentendido que podría aclararse con buena voluntad por parte de ambos mientras fumamos un cigarrillo. ¿Está solo en esto, señor Murray?

—Sí… Sí, desde luego. Naturalmente.

—No tan naturalmente —rechazó la muchacha—, porque el hecho de que usted lleve pistola, y nada menos con silenciador, me hace obtener conclusiones… inquietantes.

—¿Qué conclusiones? —gruñó Murray.

—Una: que me está mintiendo y no es usted periodista. Dos: que si es periodista debe de serlo muy especial, y posiblemente trabaja en equipo. ¿Tal vez le llegó la onda de que el profesor Noel Descartes vendrá en breve a instalarse en esta villa?

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó Murray.

—Pues como lo ha sabido usted —rió de nuevo ella—: me llegó la onda, eso es todo. Veamos, señor Murray, hablemos con claridad: ¿realmente es usted un periodista… o es un agente de la CIA?

Murray titubeó, y acabó por admitir, de mal talante:

—Soy un agente de la CIA.

—Eso está mejor.

—¿Y usted?

—Yo no —rió otra vez la muchacha.

—Pregunto que qué demonios es usted, no se las dé de graciosa.

—Me llamo Desirée Diderot, y, se lo crea usted o no, yo sí soy periodista. Trabajo en y para la revista Paris-Femme. Tal vez la haya oído nombrar o haya tenido algún ejemplar en sus manos.

—Sí. Es una revista para la mujer.

—Ya se lo he dicho. ¿Le parece bien que salgamos de este lugar? No tenemos por qué arriesgarnos a tener un tropiezo… de peores consecuencias. ¿Vamos a conversar dentro de su coche o dentro del mío?

—Prefiero ir al mío.

—De acuerdo. Tenga su pistola.

John Murray tomó el arma, conteniendo una exclamación. Enseguida apuntó a la muchacha, diciendo:

—¡Usted es una insensata! ¡Podría matarla ahora mismo!

—Claro que no —rechazó Desirée Diderot—. Eso sería una estupidez. Tengo la seguridad de que usted prefiere saber qué pinto yo en todo esto, y qué he estado haciendo dentro de la casa. Vamos,

no sea bobo, señor Murray.

—Maldita sea su estampa —masculló Murray—... ¡Me ha dado usted unos buenos golpes! Debería partirle la cabeza, al menos. Aunque me está bien empleado, por confiarme ante una mujer.

—Usted lo ha dicho —aprobó Desirée—... Ha sido uno de tantos hombres que cuando ven una mujer ya creen que tienen la partida ganada. Pero, señor Murray, aun siendo mujer, y sin ser agente de la CIA, una puede aprender judo, tae-kwon-do, tiro al blanco, paracaidismo, y mil cositas más..., además de saber cocinar, ¿no está de acuerdo? Y si usted es de los que creen que la mujer sólo sirve para la cocina y la cama, tanto peor... para usted, claro.

—Está bien, cállese y camine —farfulló Murray—... ¡Me está dando dolor de cabeza!

—Eso no es por la conversación, sino por los golpes. Tengo analgésicos dentro de mi maletín. ¿Quiere uno? Y no tema: no se trata de un activísimo veneno para asesinar espías.

—Es usted muy graciosa, ¿verdad?

—Bastante. ¿Le gustaría que contara en mi revista que de un par de sopapos derroté a un siniestro agente de la CIA?

—Cierre la boca y camine —masculló Murray—. Vamos a mi coche.

Se dirigieron hacia las verjas, la muchacha por delante, con su maletín, y John Murray detrás, apuntándola con la pistola. Con la misma sorprendente agilidad, la muchacha saltó al otro lado, seguida por Murray, que señaló su coche.

Un minuto más tarde ambos se hallaban instalados en los asientos delanteros, Murray ante el volante.

—¿Quiere el analgésico o no? —ofreció Desirée.

—Sí.

Desirée abrió su maletín, retiró un comprimido de un estuche de plástico, y se lo tendió a Murray, que lo tragó. Ella encendió dos cigarrillos y le pasó uno. Él miró la pistola, titubeó, y la regresó a la funda. Desirée soltó una deliciosa carcajada, y dijo:

—Tenga, póngale el cargador, por si luego la necesita de verdad.

John Murray lanzó una fea maldición, sacó de nuevo su pistola, y le encajó el cargador, sin hacer el menor comentario al respecto. Pero una cosa era segura: no habría podido matar a la señorita Diderot con aquella pistola.

—Es usted un agente de la CIA bastante torpe, señor Murray… ¡A ver si la verdad será que es usted periodista y que ahora está fanfarroneando con eso de ser espía!

—¿Qué ha estado haciendo dentro de la casa?

—Colocando todo un sofisticado sistema de escucha bien repartido por toda la casa. Cualquier cosa que se diga en ésta yo la sabré.

—Ya. Y usted es periodista, ¿eh?

—Yo sí. Pero periodista moderna, sofisticada, preparada para mil emergencias y dificultades. Mi jefe me dijo: «Desirée, quiero que nuestra revista presente un reportaje único en este asunto, de modo que ponte en marcha sin reparar en gastos». Y eso hice: compré todo el instrumental, me metí en el coche, y abandoné Paris, dispuesta a ver qué es lo que pasa con los Premios Nobel, que los están secuestrando a todos. ¿Usted está en lo mismo?

—Sí.

—¿Y también se ha enterado de que dentro de dos días va a venir a instalarse en esa villa el Premio Nobel de Química, profesor Noel Descartes?

—Sí. Pero mire, señorita, que se haya enterado un servicio secreto tiene bastante credibilidad, pero no es fácil creerse que se haya enterado de esto una periodista.

—Menuda tontería —se mosqueó Desirée—… ¿Acaso usted ignora que los periodistas tenemos las orejas más largas que los espías, que somos tan osados o más que los espías…, y que con tal de conseguir un reportaje que «pegue» en el mundo entero somos capaces hasta de jugarnos la piel? ¿Eh? ¿Acaso usted ignora esto?

—Oiga —sonrió de pronto John—, usted me cae bien. Y me gustaría verla un poco más al natural. ¿Por qué no se quita esos pelos y me deja verla un poco mejor?

Desirée Diderot encogió los hombros, se quitó la peluca, retiró el casquete de nylon, y dejó escapar una larga y espléndida cabellera suavemente ondulada que relució en el interior del coche.

—Caray —murmuró John Murray—… ¡Caray, qué almohada para un dulce sueño!

—Ya empezamos —se mosqueó Desirée—… ¡Ya empezamos a pensar en el maldito y podrido sexo!

—¿Maldito y podrido? —se pasmó Murray—. ¡Curioso modo de

pensar sobre la maravilla más grande del universo, encanto!

—Encanto lo será su madre. Yo soy una chica que trabaja y que lo hace bien, con seriedad, y dispuesta a escalar buenos puestos dentro de una profesión tan respetable como otra cualquiera para la mujer. ¿De acuerdo?

—Caray —gruñó John Murray—… ¡Menudo rollo, nena!

Capítulo II

A las ocho de la mañana, y tras haberse puesto de acuerdo en terminar la jornada de vigilancia que John Murray había empezado, los dos estaban desayunando en una *croissanterie*, por supuesto *croissants* y *café-au-lait*.

Era una hermosa mañana de primavera, y John Murray había llegado a una fulminante conclusión, que expuso someramente a Desirée Diderot:

—Me he enamorado de ti.

—¡No empecemos! —le miró irritada la bellísima muchacha—. ¡Que una está ya muy harta de las dos emes!

—¿Las dos qué?

—Las dos M: machos y mentiras. Mira, sé perfectamente que estoy muy buena y que lo que tú quieres es llevarme a la cama, y lo encuentro muy normal y razonable. Pero a mí con ésas, no. ¿De acuerdo?

—Pero bueno —se cabreó en serio John Murray—: ¿qué clase de chica eres tú?

—Si quieres te repito el rollo: soy una chica que trabaja y que…

—¡No, por favor! —imploró el yanqui—. ¡De acuerdo, de acuerdo!

—Pues no hablemos más de sexo.

—Tú debes de estar mal de la cabeza, criatura —se pasmó John —. ¡Cómo no vamos a hablar de sexo un tipazo como yo y una beldad como tú! ¿O te crees tú que el sexo lo tenemos de adorno los seres vivos?

—Te lo advierto —le apuntó con un encantador dedito Desirée —: si sigues por ese camino no cuentes conmigo ni para terminar el desayuno.

—Está bien —alzó las manos John—, haré ver que soy un eunuco y que no siento nada ante una guapísima como tú. ¿De qué

hablamos?

—Anda éste… ¡pues de los secuestros de los Premios Nobel! ¿No estamos metidos los dos en eso, yo como periodista y tú como agente secreto?

—De acuerdo. Hablemos de eso. O sea, que en cuanto terminemos de desayunar podemos comenzar otra clase de vigilancia menos comprometida que la que estaba realizando yo: ponemos en marcha tus receptores de los micrófonos que has colocado en la casa… ¡y a esperar los acontecimientos!

—Exactamente. Eso se me ocurrió.

—Ya —terminó su café olé el yanqui—… ¿Y no se te ha ocurrido que todo esto puede ser una mentira más grande que la Torre Eiffel de tu amada y luminosa Paris?

—¿De qué hablas?

—¿Ves cómo sí hay diferencia entre un espía y una periodista? —se mostró sarcástico Murray—. Te lo explicaré brevemente: a mí me huele a cuerno quemado eso de haberme enterado dónde y cuándo aproximadamente estará el Premio Nobel francés Noel Descartes…, que por cierto tiene nombre de filósofo, no de científico…

—El filósofo se llamaba René Descartes; el científico se llama Noel, no René.

—¡Cuánto sabes, hada madrina…! Tranquila, tranquila… Decía que me huele a cuerno quemado, y me explicaré: en el fondo, yo más bien pienso que es una trampa contra esa gente que está secuestrando Premios Nobel.

—Ya. O sea, que no es cierto que dentro de un día, o seis, eso yo no lo sé, el profesor Noel Descartes vaya a estar en esa villa.

—Ah, sí, sí, sí, eso es perfectamente posible, pero se trataría de una trampa para cazar a los secuestradores o conseguir una pista; una trampa en la que el profesor Descartes haría de cebo. O sea, que en cuanto los secuestradores se acerquen a la villa los trincarán por el pescuezo.

—Es decir —sonrió la bellísima Desirée— que tú le supones un gran valor al profesor Descartes y una inteligencia de gusano a esa organización dedicada a los secuestros.

—¿Organización?

—Vamos, Johnny, una cosa así no se hace de cualquier manera

y sin objetivos concretos. Tiene que haber una organización, y si se ha dedicado al secuestro de Premios Nobel tiene que ser por algo bien pensado, por algo que apoye determinados propósitos que dudo mucho sean buenos para nadie.

—Además de ser guapísima hablas como los ángeles —se embobó John Murray—… Mira, si quieres pégame un tiro, pero… ¡te amo!

Desirée hizo un gesto de impaciencia con la cabeza, haciendo ondear su negra cabellera, mientras sus grandes ojos negros contemplaban con enfado auténtico al yanqui.

—Tal vez lo mejor sería que hiciéramos el amor esta mañana unas cuantas veces —dijo Desirée—, a ver si así te calmas y me dejas en paz con eso del amor.

—Oh, cielos —clamó John—, ¡sí, corramos a la cama, corramos!

—¡Que te crees tú eso! —rió Desirée—. ¡Para que luego hablen de los franceses como amantes apasionados, o de los latinos en general, vamos! ¡Pues no eres tú fogoso que digamos, a pesar de ser yanqui! ¿Sabes?, incluso empiezo a dudar de eso… No hablas el francés como un norteamericano.

—¿No? ¿Cómo lo hablo? ¿Como un ruso?

—Tampoco. Yo diría que… como un italiano.

—*Ma che cosa*! —exclamó admirado John Murray—. *Signorina piú bella del mondo sei anche molto inteligente*!

—Fatal —se echó a reír Desirée—: ¡hablas el italiano peor que yo, que ya es decir! Está bien, tal vez seas realmente un yanqui de esos que se pasan la vida metiendo la pata en todas partes. Bueno, tenemos dos coches y un equipo de escucha. ¿Qué propones?

—O sea, que vamos a colaborar, de verdad.

—¿Me crees tan tonta como para enfrentarme a la CIA? Porque una cosa es que lo estés pasando bien conmigo y que te estés esforzando en ser simpático, y otra cosa es que realmente seas tonto y estés dispuesto a darme cuerda para que yo haga lo que quiera sin estar controlada por ti o por la CIA. De modo que prefiero una alianza a una guerra…, en la que tendría todas las de perder, aunque sea francesa y estemos en Francia.

Por un instante, John Murray incluso pareció serio, y su sonrisa resultó un tanto inquietante. Pero enseguida volvió a sonreír como un buen muchachote producto genuino de las hordas del Tío Sam, y

dijo, palmeando una mano a la preciosa francesa:

—Cariño: con una chica como tú yo sería capaz del mayor de los disparates.

—¿Sí? ¿Cuál, por ejemplo?

—Casarme —se echó a reír John Murray.

* * *

Como si la alianza entre Desirée Diderot y John Murray hubiera sido un desencadenante, comenzaron a suceder cosas relacionadas con el asunto de los Premios Nobel. La primera de ellas, una noticia que apareció en los periódicos de aquella misma tarde, y que produjo un gran impacto en el mundo de las noticias, movilizando a todos los reporteros: «alguien» había enviado una caja hermética a la Dirección del SDECE, el Servicio de Espionaje y Contraespionaje francés. Dentro de la caja, debidamente acondicionado en un molde de plástico, con pequeños departamentos, había algo que requirió unos previos segundos de estupefacción antes de ser identificado: un cerebro humano troceado.

Al cerebro humano troceado acompañaba una nota, escrita en francés, inglés, alemán, italiano y ruso, que decía:

> *HE AQUÍ LOS RESTOS DEL CEREBRO DEL PREMIO NOBEL DE FÍSICA HELMUTT DAMM. HA SIDO CUIDADOSAMENTE ESTUDIADO POR DIVERSOS PROCEDIMIENTOS EN EL TEMPLO DE LA CIENCIA, SIN QUE SE LE ENCONTRARA ABSOLUTAMENTE NADA ESPECIAL, COMO YA NOS OCURRIÓ CON LOS ANTERIORES PREMIOS NOBEL QUE SECUESTRAMOS. SEGUIMOS INVESTIGANDO CEREBROS PRIVILEGIADOS. SALUDOS DESDE EL TEMPLO DE LA CIENCIA.*
>
> *IGNORANTIS*

Por supuesto, era fácil comprender que la divulgación de una noticia semejante no era una inadmisible indiscreción por parte del SDECE, sino que los periódicos habían obtenido la información de otra u otras fuentes. ¿Cuáles fuentes? Pues, gran cantidad de notas, igualmente en inglés, francés, alemán, italiano y ruso, que fueron enviadas a varios periódicos de toda Europa simultáneamente,

explicando el asunto, y enviando fotografías del cerebro troceado y fotocopias de la nota que lo acompañaba firmada por el tal Ignorantis.

—Esto —dijo John Murray, blandiendo el ejemplar del Nice Soir que Desirée le había llevado al coche donde el yanqui tenía su turno de vigilancia cerca de la villa—, es pura y simplemente una provocación. Es más, yo diría que es todo un desafío por parte de ese Ignorantis.

—Así parece —asintió Desirée.

—Y te diré más: estoy definitivamente convencido de que si realmente el profesor Noel Descartes viene a esta villa será como un cebo, pues posiblemente el SDECE sabe más de lo que dicen los periódicos y quiere jugar fuerte para ver de conseguir una pista que le permita terminar con los secuestros… Pero, cariño mío, que me corten las… narices si ese Ignorantis va a ser tan, tan Ignorante como para caer en una trampa tan ingenua y absurda.

—Me temo que tienes razón —suspiró Desirée—… De donde se desprende que tú y yo estamos perdiendo el tiempo aquí.

—Seguro que sí —sonrió Murray—… ¿Nos vamos a la cama?

—Tendremos que hacerlo no tardando mucho, pues no vamos a pasarnos la noche vigilando la villa. ¿O sí?

—¿De verdad te vendrías a la cama conmigo? —se esperanzó John.

—Contesta antes a mi pregunta: ¿nos vamos a la cama… o nos dedicamos a seguir vigilando la villa con la esperanza de que mis aparatos nos proporcionen alguna información interesante o importante, tanto para la CIA como para la revista Paris Femme?

—O sea, que me estás poniendo a prueba profesionalmente —gruñó el yanqui.

—O somos o no somos…, «cariño»: o somos periodista y espía, o no somos nada. ¿Tú qué eliges?

—Escucha, te advierto una cosa —la apuntó agresivamente Murray con un dedote—: a mí, las mujeres tan cargadas de sentido común y lógica me producen un cabreo que me provoca urticaria.

—¿Quién va a buscar algo para cenar en el coche? —se echó a reír Desirée.

—Ve tú.

—No señor, que aunque el coche es tuyo los aparatos de escucha

son míos, y además yo ya he ido a buscar periódicos y tabaco con mi coche antes, ¿no es cierto? Ya sabes dónde lo tengo estacionado, así que… aquí tienes las llaves.

John Murray se quedó mirando las llaves que pendían de los finos y aristocráticos dedos de la francesita Desirée Diderot. Soltó un gruñido, le arrebató las llaves de un manotazo, y masculló:

—Apuesto a que para hacer el amor contigo hay que proveerse de un metrónomo para seguir el ritmo: un-dos-tres-cuatro, un-dos-tres-cuatro…

—Tal vez —sonrió Desirée—, pero siempre en *molto vivace*.

El irritado John Murray no pudo de ninguna manera contener la carcajada, y se alejó del coche todavía riendo y moviendo la cabeza como quien piensa: ¡qué ocurrencias tiene esta chica!

* * *

El profesor Noel Descartes llegó a la villa a la siguiente madrugada, cuando John Murray estaba en su turno de dormir más o menos cómodo en el asiento de atrás del confortable Peugeot-505, estacionado discreta y estratégicamente en Boulevard de la Garoupe, es decir, no sólo con vistas al mar de negro terciopelo, sino fuera de la línea visual de la Avenue Tour Gandolphe y de la villa reservada para el químico Premio Nobel.

Unas voces lejanas, unos inidentificables ruidos, y hasta un par de toses, despertaron a John Murray en el interior del coche. Se irguió en el asiento, miró a Desirée, que estaba inclinada hacia el asiento de la derecha del volante, y comprendió en el acto.

—¿Ha llegado alguien a la villa? —farfulló.

—Así es.

Murray miró por encima del respaldo del asiento el equipo colocado en el asiento contiguo al del volante, y del cual brotaban las voces y los ruidos. Distinguió algunas voces evidentemente de hombres jóvenes, y, ocasionalmente, la de una persona de más edad, sin duda alguna. Durante más de cinco minutos los dos estuvieron escuchando, sin hacer ningún comentario. Seguían oyéndose voces, ruido de puertas al ser cerradas… Se oyó incluso las campanadas de un reloj.

—Está en el salón —dijo Desirée.

—¿Quién?
—El reloj. Es un reloj de pie muy bonito… Bueno, eso debe de pensar mucha gente. A mí me pareció demasiado recargado.
—Ya. O sea, que en cuestión de mobiliario te gusta la línea estilizada.
—Más bien sí.
—Sólo que un reloj de esos no es «mobiliario».
—¿Pues qué es?
—Pues… un reloj es un reloj, no un mueble.
—Un reloj es un reloj cuando se utiliza solamente como reloj, ya sea de bolsillo, de despertador, o de pulsera; pero cuando se le pone ostentosamente formando parte de un conjunto decorativo se convierte en algo más que un reloj.
—No me extraña.
—¿El qué?
—Que seas escritora. Si yo hablase como tú también sería escritor.
—Que te crees tú eso, amiguito: una cosa es hablar y otra cosa es escribir. Porque hablar, lo que es pura y simplemente hablar, lo hace hasta un analfabeto, pero escribir ya es espiga de otro trigal.
—¿Y por qué demonios no puedo decir que te amo, vamos a ver? —farfulló el embobado John Murray.
—No empecemos de nuevo. Bien, ya tenemos el cebo en la trampa, ¿no es eso lo que piensas?
—Ni siquiera creo que el profesor Descartes esté en esa villa.
—¡Cómo que no…! Estamos oyendo su voz, y estamos oyendo la suficiente conversación para saber que sí está ahí.
—Que no, mujer —gruñó John Murray—… Que ese tipo que asume el papel de René… digo de Noel Descartes debe de ser un agente del SDECE de edad madurita, o alguien así; tal vez un veterano policía… ¿Comprendes?
—Pues estamos perdiendo el tiempo, porque si tú, que no eres demasiado listo, te has dado cuenta de la jugada, imagínate alguien que tiene a su disposición nada menos que un Templo de la Ciencia.
—Tal vez estemos perdiendo el tiempo —admitió Murray—… Del mismo modo que lo está perdiendo ese grupo de hombres que acaban de llegar a la villa. Pero una cosa está clara: como ni ellos ni nosotros tenemos otra pista seguiremos aquí, a ver si hay suerte.

—Si se trata de suerte todo va bien, porque yo siempre he tenido mucha —aseguró Desirée.

—A ver si es cierto también en esta ocasión. ¿Qué te parece la idea de ir a desayunar a nuestra *croissanterie*? Tenemos la situación bastante bien controlada, y lo menos que nos merecemos es un buen desayuno contemplando el mar… y tus ojos.

—Me parece —rió Desirée— que yo no podré contemplar mis ojos.

—¿Ves como no tienes tanta suerte como dices?

Treinta y seis horas después, es decir, alrededor de las seis de la tarde del día siguiente, todo seguía igual.

En la casa de la villa vigilada seguían oyéndose voces exclusivamente masculinas, y una de ellas, correspondiente a un hombre de edad madura, se expresaba como si el propietario fuese, en efecto, el profesor Noel Descartes. Las conversaciones eran escasas e intrascendentes por completo. Los silencios eran prolongadísimos. Tanto John Murray como Desirée Diderot habían pasado por delante de la villa, con sus respectivos coches, un par de veces, por supuesto sin ver nada que tuviera significado especial. Los periódicos todavía hacían algún que otro comentario sobre el troceado cerebro de Helmutt Damm y el tal Ignorantis, residente, al parecer, en un llamado Templo de la Ciencia.

—Pero en conjunto —dijo Desirée, que como siempre se encargaba de conseguir periódicos y revistas— la noticia más interesante es la del dirigible.

—¿Qué dirigible?

—Uno enorme que ha sido visto por Cannes. Parece que se están poniendo de moda nuevamente. Al parecer resultan muy prácticos para determinadas actividades de hoy día.

—Tal vez lo sean, pero imagínate el tamaño del hangar que necesitan.

—No tienen por qué ser guardados forzosamente en un hangar. Pueden muy bien quedarse a la intemperie. Claro que de todos modos, sea donde sea, ocupan mucho sitio. Pero si se les deshincha ya no ocupan tanto espacio.

—Eso también es verdad —bostezó Murray.

La conversación no era para menos. El bostezo era perfectamente disculpable. Decidieron consumir los bocadillos que

Desirée había adquirido junto con los periódicos en Antibes, y luego, siempre atentos al receptor, se pusieron a fumar.

Desirée continuó hojeando los periódicos a la luz de las farolas de la avenida.

A las nueve el aburrimiento era tal que los dos parecían a punto de dormirse, Murray ante el volante y Desirée en el asiento de atrás.

Ella fue la primera en oír el rumor del helicóptero acercándose.

Dejó los bostezos y las cabezadas en el olvido, y se asomó por el hueco de la ventanilla.

No pudo ver todavía el helicóptero, pero sí oía ahora perfectamente su rumor. Murray también sacaba la cabeza por la ventanilla.

—Sería demasiado aparatoso, ¿no te parece? Nadie puede pretender aterrizar con un helicóptero en el jardín de una villa, entrar en la casa, secuestrar a alguien, y marcharse tan ricamente.

Desirée no contestó.

El helicóptero pasaba en aquel momento por encima de ellos, procedente al parecer de Antibes, o quizá de Jean-les-Pins, en dirección al mar.

Volaba muy velozmente, y enseguida su rumor se perdió hacia el Mediterráneo.

En el aire resonó de pronto una voz poderosa:

—PREPÁRENSE PARA LA DURA LECCION QUE SE MERECEN POR HABER PRETENDIDO BURLARSE DE IGNORANTIS. PREPÁRENSE PARA LA DURA LECCION QUE SE MERECEN POR HABER PRETENDIDO BURLARSE DE IGNORANTIS. PREPÁRENSE PARA LA DURA LECCION QUE SE MERECEN POR…

—¡Pronto! —exclamó Desirée—. ¡Vamos a la villa, John!

—¿A la villa? Pero…

—¡Date prisa! ¡Si no lo están haciendo ya tenemos que decirles que la desalojen!

John Murray estaba desconcertado. En el aire, aunque cada vez más baja, seguía resonando la poderosa voz con la amenaza. El helicóptero estaba regresando del mar, ahora lo vieron brillando al resplandor de las luces de Antibes… De pronto Murray lanzó una maldición, encendió el motor y arrancó haciendo rechinar fuertemente los neumáticos. Sólo tenían que descender por la avenida en la cual se hallaban para desembocar en la Tour

Gandolphe…, pero el helicóptero lo tenía todavía más fácil: podía viajar en línea recta y llegar, en pocos segundos, sobre la villa ocupada por el profesor de Química, Premio Nobel, Noel Descartes.

Y así ocurrió.

En el momento en que John y Desirée desembocaban en la Avenue Tour Gandolphe se producía la primera explosión en la villa.

Capítulo III

Vieron perfectamente el rojo resplandor de la explosión, que retumbó con fuerza en la tranquila zona residencial. Enseguida se produjo otra explosión, y acto seguido otra, y otra…

—¡Para! —gritó Desirée.

—¿Que pare…?

—¡Para!

Murray frenó, y Desirée salió disparada del coche, esgrimiendo una pequeña pistola. El helicóptero reapareció, por encima de los pinos, de nuevo en dirección al mar, volando ahora bastante bajo, como si precisamente quisiera que los pinos lo ocultaran. Desirée apuntó su pistola hacia el aparato, y comenzó a disparar, lenta y metódicamente, sin que se oyera uno solo de sus disparos. Murray sacó también su pistola, disparó un par de veces, y desistió, pues el helicóptero estaba ya fuera del alcance de las armas, regresando hacia el mar.

Se oyó de pronto el rumor de otros dos helicópteros, que todavía no podían ver. Y en aquel instante el helicóptero que había dejado caer las cargas explosivas sobre la villa de Noel Descartes hacía explosión. Reventó estruendosamente, formando como una enorme y bellísima estrella de tonos rojos, cárdenos y azules, e inmediatamente se desplomó hacia el mar, dejando como un fantástico plumero rojo en la negrura de la noche.

—Pero… ¿qué ha pasado? —exclamó Murray, reaccionando.

Dos helicópteros aparecieron entonces, procedentes de tierra adentro y volando raudamente en dirección al mar, en el cual caían los restos del helicóptero agresor. Al pasar, sus luces iluminaron el pequeño paracaídas negro que descendía, y del cual seguía llegando la amenaza:

PREPÁRENSE PARA LA DURA LECCIÓN…

—Vamos a recoger eso —señaló Desirée.

Se metieron los dos en el coche, rodaron apenas setenta metros, y Murray frenó. Desirée saltó de nuevo a la calzada, a tiempo de coger el paquete que pendía del paracaídas antes de que llegase al suelo. Era un magnetófono puesto a todo volumen que lanzaba a los cuatro vientos la grabación amenazante.

Por un lado de la avenida apareció un coche negro rechinando furiosamente sus neumáticos sobre el asfalto.

—¡Deja eso y larguémonos! —gritó Murray—. ¡No quiero líos con el SDECE!

Desirée titubeó apenas un segundo, dejó el magnetófono, todavía en marcha, y regresó al interior del coche. Murray arrancó a toda velocidad.

—Ve hacia el Boulevard de la Garoupe —indicó Desirée.

—¿Por qué? ¡En la casa deben de necesitar ayuda…!

—Ve hacia la costa —insistió Desirée—… ¿No has comprendido que lo tenían todo previsto? Incluso la posibilidad de un intento de secuestro utilizando un helicóptero.

John Murray soltó un gruñido, y asintió. Desirée tenía razón: había un rojo resplandor ahora sobre los pinos, señalando el lugar donde estaba la villa bombardeada, y en la que debían de haber causado no pocos destrozos; una gran nube de humo negro formaba un conjunto siniestro. También desde el mar subía ahora una delgada columna de humo negro hacia el estrellado cielo…

Sí, Desirée tenía razón. La jugada había sido de listo a listo: el SDECE había tendido una trampa a los secuestradores de Premios Nobel, una trampa en la que se incluían dos helicópteros que habían despegado un poco tarde, y hasta un falso Noel Descartes, pues naturalmente que no habían de exponer al verdadero Descartes a ningún riesgo.

¿Y cuál había sido la reacción del tal Ignorantis?

Nada de simplemente no acudir a la trampa, eso habría sido demasiado vulgar. Ni más ni menos que había enviado un helicóptero de castigo contra la villa, bombardeándola… Y cuando aparecieron los dos helicópteros persiguiendo al suyo lo había hecho explotar utilizando sin duda un mando a distancia…, y sacrificando a uno o dos infelices que habían estado ejecutando sus órdenes.

¡Y hasta se había permitido la baladronada de enviar por delante de las bombas una grabación de aviso…!

—La madre que lo parió —masculló Murray.

—¿A Ignorantis?

—¿A quién, si no?

—Para.

De nuevo frenó Murray, en pleno Boulevard de la Garoupe, esto es frente al mar, que crujía por debajo de ellos chocando contra el acantilado… Todavía se veía la columna de humo que ascendía desde el helicóptero siniestrado, y Murray la señaló.

—Eso lo ha hecho el propio Ignorantis —dijo.

—Ya lo sé. Lo tenía todo previsto, ya te lo he dicho.

Había más automóviles detenidos en la calzada, y sus ocupantes habían salido, y algunos comentaban lo que habían visto. Los dos helicópteros tan sorpresivamente aparecidos sobrevolaban el lugar donde el otro debía de estar a punto de hundirse completamente.

—Tal vez sería una buena idea conseguir rápidamente una lancha y llegarnos ahí —señaló Murray el mar—… Podría haber algún superviviente que pudiera decirnos algo interesante.

—¿Realmente crees que los de los helicópteros nos dejarían acercarnos al que se está hundiendo?

—No —gruñó Murray—. Y además, dudo mucho que la gente que hubiera en ese aparato haya quedado entera. Pero algo tenía que decir, ¿no?

—¿Por qué? —le sonrió Desirée—. Cuando no se tiene nada inteligente que decir lo mejor es callarse. Bueno, dadas las circunstancias lo mejor que podemos hacer es retirarnos de la zona. A decir verdad ya tenía ganas de dormir en una cama.

Murray la contemplaba con expresión incrédula.

—¿Estás hablando de levantar el campo? —exclamó.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Ni siquiera vamos a poder escuchar nada, porque naturalmente mis micrófonos habrán quedado hechos papilla. Tampoco vamos a ser necesarios para prestar ayuda, pues los del SDECE ya habrán tomado o estarán tomando sus medidas. Y, finalmente, previniendo determinada posibilidad, creo preferible que no nos dejemos ver en momentos como estos por las cercanías de la villa.

—¿De qué determinada posibilidad estás hablando?

—De la de que Ignorantis esté por aquí cerca para… divertirse contemplando los efectos de su obra. No sé tú, pero yo prefiero que ese sujeto no me conozca.

—Eso sería de sádico, ¿no? —frunció el ceño Murray—. Lo de estar por aquí esperando a ver qué pasa para divertirse.

—¿Y con quién te crees que estamos tratando? Analízalo: un sujeto que envía un cerebro dentro de una caja…

—¡El cerebro no era del profesor Helmutt Damm!

—Tal vez no, pero era un cerebro humano, ¿verdad? Lo que significa que alguien fue asesinado para que Ignorantis pudiera enviar su cerebro troceado. Ha asesinado también a dos de sus hombres que cumplían sus órdenes. Y según parece, le hace gracia jugar con bombas, magnetófonos amenazantes…, y piensa seguir secuestrando Premios Nobel para seguir investigando sus cerebros. Si este sujeto no es un sádico, ¿qué es?

—Un chiflado.

—Los chiflados, querido John, no pueden dirigir una organización delictiva.

—¡Me has llamado querido…!

—De verdad, John: estoy cansada. Así que me voy a dormir en una cama. Si te interesa, tengo otra para ti.

—¿Otra cama?

—Claro. De todos modos, si tienes tu propio alojamiento por aquí cerca…

—¡Claro que no tengo alojamiento! ¡Y pensé que tú tampoco lo tenías!

—Pues sí lo tengo —sonrió Desirée—. Un bonito apartamento junto a la playa en Jean-les-Pins. Si quieres venir a descansar allá unas horas por mí no hay inconveniente. Pero te lo advierto: si insistes en buscar una relación sexual entre nosotros te meteré una bala en la barriga. ¿Está claro?

John Murray se quedó mirando fijamente a Desirée Diderot…, hasta que llegó la explosión procedente del mar. Los dos miraron entonces hacia allí, y vieron el último resplandor del helicóptero siniestrado, y en el que finalmente se había producido la explosión del depósito de combustible.

A dicho último resplandor pudieron ver los dos helicópteros que lo sobrevolaban, la negra columna de humo que se amplió… En un

instante, los restos del helicóptero se hundieron.

—Bueno —murmuró John Murray—, tal vez una periodista pueda abandonar el lugar de los hechos, pero un agente secreto debe quedarse, aunque sólo sea para ver si consigue alguna migaja de información.

—Si te vas a dar a conocer a los del SDECE como agente de la CIA tal vez, tras muchas comprobaciones, consultas y malas caras, decidan facilitarte alguna información. Pero si pretendes conseguirla por ti mismo me parece que te vas a complicar mucho la vida.

—Quizá tengas razón —rumió Murray—. Y puestas así las cosas, una buena idea sería ir a descansar, dejar que los chicos del SDECE hagan su trabajo esta noche… y yo presentarme por la mañana a recoger los frutos.

—A eso le llamo yo ser astuto —rió Desirée.

—Y naturalmente —sonrió John—, tú esperas que cualquier información que yo obtenga por la mañana la comparta contigo.

—Somos socios, ¿no es cierto? —abrió mucho los ojos la bellísima Desirée—. Llevamos juntos más de tres días en esto, hemos comido y dormido mal juntos, hemos hablado de mil cosas… ¡Y acabo de ofrecerte una cama!

—Pero sin ti.

—No se puede tener todo en la vida.

—Hay gente que sí lo tiene todo.

—Oye, no tengo ganas de más filosofías. Te estoy hablando en serio: tengo tanto cansancio y tanto sueño que sólo puedo pensar en una buena cama. Te aseguro que tengo mucho aguante, pero todo tiene un límite. De modo que decídete de una vez: ¿vienes o te quedas?

* * *

Despertó de pronto, giró sobre la cama, abrió los ojos todavía más, como si quisiera dejarlos fuera de las órbitas, y luego se quedó mirando el techo.

Okay, un dormitorio.

Ah, sí: el apartamento de Desirée.

Se sentó en la cama con poderosa flexión. Estaba completamente

desnudo, y sus ropas yacían de cualquier manera sobre un sillón cercano al lecho. Él todavía llevaba más tiempo que Desirée de vigilancia en aquella villa, y en ese tiempo ni siquiera se había desnudado una sola vez, así que en cuanto vio la cama se quitó toda la ropa, cayó sobre la cama, y quedó como muerto más que dormido. Ni siquiera había tenido ocasión ni interés por ver el apartamento de la preciosa francesita.

Pues el dormitorio no estaba nada mal. Era amplio, tenía un hermoso ventanal ahora resplandeciente de sol, y resultaba confortable y alegre. Es más, comprendió enseguida que era un lugar muy elegante, de mucha exclusividad…

¿Qué le había despertado?

Una campanilla, o un timbre, o algo así. Escuchó, pero ahora no oía nada, todo estaba en silencio. Echó un vistazo a su reloj de pulsera: las siete y media de la mañana. ¡Caray, había dormido casi nueve horas seguidas!

Se puso los calzoncillos y los pantalones, y luego, con la camisa en la mano, salió del dormitorio.

—¿Desirée? —llamó.

No obtuvo respuesta. La puerta de otro dormitorio estaba abierta, y entró. Era igual que el suyo, amplio, confortable, elegante. La cama estaba revuelta discretamente. Salió de aquí, prescindió de otros dos dormitorios, y desembocó en el salón, enorme, lujoso, magnífico. Muebles de calidad, persianas graduables, cortinajes de blancura etérea, piezas de porcelana china… En un paño de pared dos cuadros de firma. Al fondo, unas amplias persianas ajustadas parecían como rebozadas en sol. John Murray fue allá, abrió las persianas y salió a la terraza.

—¡Fiuuu…! —silbó, absolutamente maravillado.

Sentada ante una redonda mesita con flores colocada en un extremo de la amplísima terraza estaba Desirée, en pijama. Tras ella se divisaba el azul del mar, en un panorama grandioso, restallante de sol matinal. El verdor de los pinos y el colorido de miles de flores ponían como unas notas musicales en el silencio.

—Caray —insistió Murray en su admiración—… ¡Caray!

—¿Has dormido bien? —se interesó amablemente Desirée.

—¿Bien? ¡Ni me he enterado! Oye, ¿dónde estamos?

—En el apartamento de un amigo.

—De un amigo. Ya. Bueno, debe de ser uno de esos asquerosos multimillonarios que andan de un lado a otro de la Costa Azul, ¿no? Uno de esos tipos que tienen leoneras en todas partes, para no desperdiciar ninguna oportunidad.

—Eres un obseso sexual, Johnny.

—Tal vez, pero para tener un apartamento así en Jean-les-Pins hay que tener más dinero que el Banco de Francia. ¿Qué es eso?

Señaló lo que Desirée tenía en las manos.

—Unas fotografías —explicó ella—. ¿Tienes apetito?

—Pues ahora que lo dices, me estoy muriendo de hambre. ¿Qué clase de fotografías?

Ella le tendió el sobre y las ampliaciones, y se quedó mirándolo fijamente. Murray lo tomó todo, pero continuó mirando a Desirée, fascinado. La verdad era que el pijama que llevaba ella no podía ser más discreto, pero le sentaba de maravilla. Era azul pálido, y ofrecía un… desconcertante conjunto armónico con los ojos y la piel de Desirée Diderot. Los pezones se definían delicadamente bajo la fina tela, y hubo en los pechos un movimiento elástico y dulce cuando Desirée agitó la negra cabellera. John Murray parpadeó, y bajó por fin la mirada a las fotografías.

Durante un segundo quedó desconcertado y casi aturdido.

Acto seguido captó y asimiló totalmente lo que estaba viendo, ni siquiera necesitó pedir explicaciones a Desirée: eran las fotografías de dos hombres. Es decir, de lo que quedaba de dos hombres destrozados por una explosión y luego las llamas. Eran, en fin, los ocupantes del helicóptero agresor de la villa de Noel Descartes. O dos de ellos, si es que había habido más. Se veían sus rostros destrozados, sus cuerpos quemados… Estaban irreconocibles, naturalmente. Sin embargo, en las fotografías constaban los nombres de los dos, y Murray comprendió que, pese a los desperfectos de la fuerte explosión, sus documentaciones habían podido ser recuperadas en aceptables condiciones, lo que no era de extrañar, pues las ropas de ambos, especialmente las del que parecía más rubio, habían quedado bastante enteras.

Los dos sujetos, sin duda, habían muerto. Sus nombres eran, según las anotaciones en las fotografías: Henri Lacombe y Juliano Notti. Un francés y un italiano, evidentemente.

Por fin, John Murray alzó la mirada y la posó serenamente en

los ojos de Desirée. Agitó las fotografías.

—¿De dónde las has sacado?

—Me las ha traído un amigo hace unos minutos.

John parpadeó lentamente.

Un amigo.

De pronto cayó en la cuenta de que lo que le había despertado había sido el timbre de la puerta.

Claro.

Había llegado el amigo de Desirée, le había entregado las fotos, posiblemente habían cambiado unos comentarios, y el sujeto se había marchado.

Luego, Desirée, pese al fresco de la mañana, había salido a la terraza para contemplar con la excelente luz del día las fotografías. Pero tenía fresco, quizás incluso frío. Claro, por eso se le marcaban tanto los pezones en el pijama.

—Un amigo —dijo por fin Murray.

—Sí.

—¿Del SDECE?

—Claro.

—Bien. Entremos, o se te van a congelar los pechos. ¿Qué esperabas ver en estas fotografías? Sólo son dos cadáveres destrozados. Los del SDECE hicieron un buen trabajo al recuperar los cadáveres, pero no parece que vayan a servir de mucho…, a menos que estos dos nombres, Lacombe y Notti, sean conocidos.

—No, no lo son. No se sabe absolutamente nada sobre ellos.

—De modo que el SDECE ha estado trabajando duramente esta noche mientras nosotros dormíamos.

—Así es.

—Y lo primero que hacen por la mañana es venir a traerte fotografías, y, sin duda alguna, un informe bastante completo de lo sucedido y de las investigaciones realizadas durante la noche.

—Sí.

John Murray asintió, y volvió a mirar las fotografías, pero sin gran interés, más bien como queriendo ocultar así sus pensamientos… Pero de repente hubo un brusco gesto en su cuerpo, como queriendo enderezarse, y por su ojos pasó un brillante destello.

Miró entonces a Desirée, y comprendió que ella había captado

su reacción.

—¿Has visto algo interesante? —preguntó ella.

—No… No.

La bellísima Desirée entornó los ojos, y, acto seguido, se echó a reír.

—Seguramente —dijo— tienes intención de que ahora nos separemos, y seguir tú solo no sé qué pista que acabas de vislumbrar o conocer con certeza. Pero te equivocas, querido John: si no compartes conmigo el dato que acabas de obtener gracias a las fotografías que yo te he facilitado me temo que tardarás unos cuantos días en poder moverte con libertad.

—¿Qué quieres decir?

—Que el SDECE te va a atrapar y no te soltará hasta que la CIA haya hecho mil milagros en las altas esferas del espionaje en Paris.

—Maldita sea tu estampa.

—El juego es el juego —rió de nuevo Desirée.

—De modo que finalmente admites ser una agente del SDECE.

—Por supuesto, querido.

—¿Y a qué viene toda esa comedia de colocar micrófonos tú sola, aparentemente con riesgos, como si no formases parte del SDECE?

—¿Por qué te crees que lo hice?

—Supongo que hay alguna filtración en el SDECE —gruñó Murray.

—Exacto. Y no sólo en el SDECE, sino en otros servicios secretos europeos. Evidentemente el tal Ignorantis dispone de muchos… amigos o colaboradores en muy altas y diversas esferas, entre ellas la del espionaje… De modo que aceptamos seguir ese juego, y, puesto que Ignorantis tenía que enterarse de todos modos de nuestros pasos, decidimos simular una gran indiscreción respecto al paradero del profesor Descartes en estos días, organizando así una trampa en la que, dicha sea la verdad, no teníamos grandes esperanzas. Si alguna teníamos era, precisamente, en mi… solapada actuación en solitario.

—Explícame eso.

—La idea era que si alguien estaba vigilando la villa y me veía se interesara por mí, y entonces hacer un contacto aparte del SDECE que quizá diese resultado… como pista inicial. Lamentablemente,

sólo tú te interesaste por mí, lo que significa, a mi entender, que Ignorantis estaba tan seguro de lo que tenía que hacer que ni siquiera se molestó en vigilar la villa con anterioridad ni en ningún momento.

—O sea, que me has estado tomando el pelo.

—Claro que no —rechazó muy seria Desirée—. Lo de los micrófonos es real. Yo estaba a la escucha de todo, y si hubiera sucedido algo… imprevisto, si hubiera ocurrido algo que revelara alguna jugada especial de Ignorantis, me habría enterado por los micrófonos, e inmediatamente habría llamado por la radio de bolsillo a otro grupo de agentes del SDECE que estaba oculto no lejos de la villa, esperando intervenir.

—Y que son los que aparecieron con los helicópteros.

—Efectivamente.

—Vamos, que lo teníais todo muy bien pensado, planeado y montado.

—Por supuesto. Sin embargo, en definitiva siempre ganan los guapos chicos americanos: al parecer, no sé cómo, has visto algo en esas fotografías que para ti resulta revelador. ¿Qué es?

—¿Seguimos trabajando juntos?

—Claro que sí.

—Sea lo que sea que consigamos quiero mi parte para la CIA.

—Prometido —rió una vez más Desirée.

—Si sigues riendo así me voy a abalanzar sobre ti para morderte el cuello y los pechos.

—Johnny, por favor…

—Está bien —él se acercó a ella y se inclinó, mostrándole una de las fotografías—… Observa a este tipo. Es el italiano, el tal Juliano Notti. En este primer plano del rostro aparece parte de la chaqueta. Y si te fijas, verás, sobre el bolsillo superior, un escudo bordado.

—Sí… Es cierto. Se ve bastante bien. ¿Conoces este escudo?

—Tendremos que conseguir una lupa para que pueda examinarlo mejor, pues naturalmente está bastante deteriorado, pero… apostaría mi mano derecha a que es el escudo de la ciudad de Palermo, en la isla de Sicilia.

Capítulo IV

Lo era.

Sobre fondo rojo, el águila coronada, a cuyos pies, o mejor dicho a cuyas garras extendidas estaba la inscripción SPQP.

No había la menor duda al respecto.

Así que, aquella misma tarde, tras viajar de Jean-les-Pins a Niza en coche, de Niza a Roma en avión, y de Roma a Palermo también en avión, la francesita y el yanqui se hallaban en el puerto de Palermo, donde habían alquilado una hermosa y poderosa lancha. ¿Por qué una lancha? Pues porque a la señorita Diderot le encantaba el mar, y no deseaba de ninguna manera meterse en un hotel donde, entre otras cosas, tendría que quedar registrada su estancia. Vamos, que a quién se le ocurre encerrarse en un hotel… pudiendo estar en un habitáculo móvil con el que siempre puedes escapar…, y del que siempre puedes escapar aunque sea por el simple procedimiento de lanzarte al agua.

—¿No estás de acuerdo?

—No sé —había replicado Murray—, pero a mí también me gusta la idea, de modo que alquilaremos una lancha.

—Tú puedes encargarte de eso. Mientras tanto, yo intentaré saber de alguna manera si Juliano Notti vivía o había vivido aquí…

—Si me permites la sugerencia —rechazó Murray—, sería mejor que tú alquilases la lancha y que yo me encargase de localizar a Notti.

—¿Y eso por qué?

—Digamos que llevo muchos años en Europa, que he trabajado especialmente en Italia, y que estoy convencido de que podré hacer indagaciones más a fondo y mejor dirigidas que las tuyas.

—Me has convencido.

John Murray apuntó a Desirée con un dedote.

—Y no quiero que los del SDECE anden detrás de mí como si yo

fuese un espía enemigo o un robaperas de poca monta. Hemos hecho un trato, ¿no es así? Pues no nos compliquemos la vida.

—¿De dónde sacas tú que han venido a Sicilia algunos compañeros del SDECE?

John había soltado un bufido, y se había puesto a buscar alguna posible pista sobre la presencia pasada de Juliano Notti en Palermo. Naturalmente, lo primero que hizo fue consultar el listín telefónico, sin resultado. Después de esto, él se fue por un lado, y Desirée por otro. Ella alquiló la lancha, la amarró en la parte del embarcadero convenida con Murray, y, simplemente, esperó el regreso de éste.

Eran casi las diez de la noche cuando regresó John Murray, cansado y no de muy buen humor. Palermo era una ciudad demasiado grande, y había tenido que caminar mucho.

—¿Cómo has enfocado la búsqueda? —se interesó Desirée, mientras cenaban lo que ella había comprado y preparado.

—He visitado un par de bares cercanos al puerto donde hace tiempo hice algunos amigos. Luego he recorrido yo qué sé cuántas pensiones adonde iría a alojarse un italiano que no fuese residente en Palermo…, quiero decir pensiones de esas a las que no van los turistas.

—Ya, ya. Bueno, mañana te ayudaré en la búsqueda.

—¿Están buscando también tus amigos del SDECE?

—Por el momento, no. Y tienes que creerlo. Piensa que si el SDECE se dedica a remover las cosas por aquí pueden ser detectados más fácilmente que tú y que yo, lo cual quizás espantaría la caza…, si es que realmente la caza que buscamos está en Palermo.

—Ya. Bueno, yo sólo dije que el escudo era de la ciudad de Palermo, ¿está claro? En ningún momento he asegurado…

—De acuerdo, de acuerdo. ¿No te parece encantador dormir en una lancha, en un exótico puerto italiano?

—¿Qué tiene de exótico? —gruñó Murray—. Es ruidoso, está sucio, y huele mal, como todos los puertos del mundo.

—Pensé que a los americanos os parecía exótico todo lo italiano.

—Los americanos tenemos demasiados italianos en Estados Unidos para que nos parezcan exóticos. Además, si al menos estuviéramos en Portofino, o en Capri, o en un sitio así… ¡Pero en Palermo, con un millón de habitantes! Era mucho más exótico y

romántico el Cap d'Antibes.

—Seguramente tienes razón. Bien, buenas noches, Johnny.

—Escucha, ¿cuánto va a durar esto?

—¿El qué?

—Lo de vivir juntos pero como si estuviésemos castrados. ¿Qué pasa contigo, puede saberse? Sólo se trata de que nos acostemos juntos, echemos unos cuantos polvos, y cuando nos separemos guardemos un grato recuerdo uno del otro. ¿Te parece tan increíble una cosa así?

—Tal como lo pintas parece que si vivieras con una vaca también querrías hacer el amor con ella. ¿Es que dos personas civilizadas no pueden convivir sin que intervenga el maldito y podrido sexo?

—Maldita sea mi estampa —masculló Murray—… ¡Me está bien empleado, por enamorarme! ¡Si seré cretino…!

* * *

Estaba preparando un aperitivo cuando oyó las pisadas en cubierta. Miró su relojito de pulsera, y frunció el ceño. Lo razonable era que se tratase de John Murray, que regresaba de sus indagaciones, pero quizás era un poco demasiado pronto para eso, pues no eran ni las doce del mediodía…

No debió reflexionar tanto. Un sujeto entró en el amplio camarín de la lancha, y la apuntó al centro del pecho con una pistola provista de silenciador.

—Tranquila —dijo en italiano—… Si se porta bien no va a pasar nada demasiado malo. ¿Entiende el italiano?

—Sólo un poco —replicó muy serenamente Desirée—… Preferiría hablar en francés.

—A ver si se cree que esto es una academia de idiomas —gruñó el sujeto, siempre en italiano; movió la pistola hacia el diván—… Siéntese ahí, y deje las manos quietas sobre las rodillas… Espere, primero quiero registrarla. Las manos sobre la cabeza.

Desirée obedeció mansamente. El sujeto la manoseó descaradamente entre los muslos y en el pecho de modo especial, y como consecuencia de ello encontró entre los senos la pequeña pistola silenciosa, que tras contemplar con divertido interés se

metió en un bolsillo interior de la chaqueta, como quien se guarda un bolígrafo. Señaló el diván, y Desirée se sentó y puso las manos sobre las rodillas. El sujeto echó un vistazo en torno: el camarín-*living*-cocina-servicio, y al fondo, hacia la proa, el pequeño camarote con capacidad para cuatro ocupantes en literas apiladas de dos en dos. Apretados, pero bien.

—No hay nadie más aquí, ¿verdad? —preguntó.

—No, nadie más.

—Bien. Bueno, vamos a ver si nos entendemos… Ayer por la tarde un tipo estuvo en determinado sitio peguntando por Juliano Notti…

—¿En qué sitio?

—No te las des de lista conmigo, guapa, ¿de acuerdo? Digo que ese tipo estuvo preguntando por Juliano Notti y por Henri Lacombe. Luego le seguimos, y él se vino a esta lancha. Esta mañana ha vuelto a las andadas, va por ahí preguntando por Notti y Lacombe…, y me parece que no se ha dado cuenta de que mientras él va haciendo preguntas le están siguiendo por toda la ciudad, no sólo nosotros, sino otros tipos. ¿Tú entiendes esto?

—Sí —sonrió Desirée—: el hombre del que usted habla se llama John Murray, y es un americano; los que le siguen son amigos míos, pero no queremos que él sepa que le siguen… y le protegen.

—Ah… ¿Y tú cómo te llamas?

—Desirée Diderot. Soy francesa.

—Un americano y una francesa. Uno de mis amigos que está tras los pasos del americano y de los amigos tuyos que le siguen asegura que anteanoche estabais los dos en Cap d’Antibes, metidos en un coche. Os vieron en una de las pasadas de vigilancia antes de poner en marcha lo que ocurrió… ¿Tú sabes lo que ocurrió?

—Desde luego. Dos desdichados bombardearon una villa desde un helicóptero, y luego fueron ejecutados haciendo explotar su helicóptero por medio de mando a distancia.

—Eran dos ineptos —sonrió el desconocido—. Tenían que haber sido eliminados, pero muy sabiamente fueron asignados a esa misión de kamikazes, para que al menos sirvieran de algo al morir.

—Supongo que tan buena idea es fruto de la mente sapientísima de Ignorantis.

—En efecto. Eres una chica lista, ¿verdad?

—Más bien sí. Tal vez por eso trabajo para el Servicio de Espionaje y Contraespionaje francés. Y mi amigo John Murray es de la CIA.

—¡Huy, qué miedo…! —se pitorreó el hombre—. ¡Mira cómo me tiemblan las orejas!

—Si no tuviera una pistola en la mano no sería tan «valiente».

El hombre entornó los párpados, y se quedó mirando especulativamente a Desirée. Ésta tuvo por un momento la esperanza de que él guardase la pistola, demostrando así que era muy macho y todo eso, pero el sujeto no cayó en la trampa. Finalmente sonrió, y se dedicó a encender un cigarrillo siempre sin perder de vista a Desirée.

—¿Vendrá Murray a almorzar aquí? —preguntó.

—No lo sé.

El hombre miró el pequeño mueble-bar donde Desirée había estado preparando un aperitivo…, y en el que se veían, listas para ser usadas, dos copas. Se echó a reír. No obstante, a medida que miraba y remiraba a Desirée su expresión se iba modificando. Desirée llevaba unos pantalones ceñidos sin exageración y un jersey un poco holgado, pero en el que se marcaban de modo muy sugestivo los senos.

—Enséñame los pechos —ordenó el sujeto.

—Ni lo sueñe.

De nuevo entornó él los párpados. Fumó y sonrió.

—De acuerdo. Dime entonces de dónde habéis sacado los nombres de Lacombe y Notti. Sabemos que ellos se hundieron en el mar, así que nos gustaría saber de dónde habéis sacado sus nombres. ¿Quién os los ha facilitado, qué más os han dicho de todo esto?

Desirée comprendió en el acto la situación: aquella gente no sabía que Lacombe y Notti habían sido rescatados del helicóptero antes de que éste se hundiera, de modo que estaban temiendo alguna delación, y querían conocer al delator o informante, para tomar sus medidas, sobre todo después de saber cuánto sabía el SDECE y la CIA. En cuanto obtuvieran la información que deseaban, y que les tenía inquietos, la matarían a ella y a Murray, eso estaba clarísimo. Es decir, que si ella decía que no existía tal delator el visitante la iba a matar ahora mismo, esperaría a Murray para

asesinarlo también, y asunto terminado.

Así que dijo:

—Johnny es quien sabe eso. Hablaron con él.

—¿Quién habló con él? ¿Qué le dijo?

—No lo sé. Ya le he dicho que hablaron con él… Sé que le dijeron que viniéramos a Palermo, pero no sé con quién habló, ni por qué procedimiento.

El otro se pasó la lengua por los labios, y no dijo nada. El rumor del puerto llegaba apenas atenuado al interior de la lancha. Desirée se pasó las manos por los pechos, como distraída, pero sabiendo perfectamente que el hombre la estaba mirando. Quería provocarlo, para que se acercase a tocarla, pero el sujeto no cayó en la trampa. Frunció el ceño, y eso fue todo. Terminó el cigarrillo, y echó otro vistazo a su reloj de pulsera.

Apenas cinco minutos más tarde bajo su chaqueta sonó un leve zumbido. El hombre sacó la pequeña radio y admitió la llamada.

—¿Sí?

—El tipo va hacia ahí. ¿Tienes a la chica?

—Sí. Alguien les ha informado. Bueno, a él. Se llama Murray… Es de la CIA. Ella es del SDECE.

—Controla a la chica. Arreglaremos esto pronto.

—Bien.

Cuatro o cinco minutos más tarde John Murray entró tranquilamente en el camarín, y se encontró con la inesperada situación: Desirée estaba sentada en una de las butacas, y detrás de ella, de pie, apuntándole a la cabeza con la pistola, estaba el sujeto. Enseguida, detrás de Murray se oyeron pisadas, y el hombre que apuntaba a Desirée a la nuca dijo:

—Son dos amigos míos. Entre, y cuidado con lo que hace, o le vuele la cabeza a la francesa. ¿Me ha entendido?

—Le he entendido perfectamente —asintió Murray, en italiano.

—Magnífico.

John Murray fue empujado desde atrás, y terminó de entrar en el camarín dando un traspié. El hombre que entró tras él le encontró enseguida la pistola en la funda axilar, y se la quitó. Acto seguido, Murray recibió un golpe en la cabeza propinado con la pistola del recién llegado, y cayó de rodillas, semiaturdido. Un puntapié en los riñones terminó de tirarlo de bruces al centro del

saloncito, y como todavía se moviera el otro le aplicó un puntapié en la barbilla que le privó del conocimiento.

El que estaba detrás de Desirée soltó una risita, y preguntó:

—¿Y Massimo?

—Está a los mandos. Nos vamos a llevar la lancha de aquí. Estaremos más tranquilos en el mar. ¿Qué más ha dicho la chica?

—Nada que valga la pena. O no sabe nada o es muy discreta. Ni siquiera ha querido enseñarme los pechos.

—Arreglaremos también eso, Marco, ya lo verás.

Desirée parecía no oír nada. La lancha trepidó al ser puestos en marcha los dos poderosos motores gemelos. Todos permanecieron en silencio e inmóviles mientras se realizaba la maniobra de salida del puerto. John Murray comenzó a moverse farfullando cosas que nadie entendió, en italiano. Poco después todos comprendieron que estaban navegando por mar abierto. John Murray, sentado en el suelo, permanecía en sombrío silencio, tocándose de cuando en cuando el chichón que tenía en la parte posterior de la cabeza.

—¿Qué estamos esperando, Paolo? —preguntó Marco.

—Ya nada.

Marco sonrió, se inclinó hacia Desirée, y le subió el jersey de un tirón, desde atrás, y le puso la pistola en la nuca.

—Termina de quitarte el jersey, guapa, o te vuelo los sesos.

Desirée obedeció. Luego, siempre obedeciendo a Marco, se quitó el sujetador, y sus hermosos pechos bronceados atrajeron las miradas de los tres hombres, aunque con diferentes expresiones. Marco agarró a Desirée por los cabellos y la puso en pie, golpeándola acto seguido en los riñones con el puño izquierdo. Terminó de tirarla al suelo, se sentó sobre su vientre, y le puso la pistola en la garganta. Luego, con la mano libre, recreándose en ello, manoseó groseramente los pechos femeninos, preciosos y erguidos.

—El americano ni se inmuta, tú —dijo Paolo.

—Ya veremos. Me apuesto cualquier cosa a que le hago comprender enseguida que le conviene ser comunicativo. Vas a ver.

Encendió un cigarrillo, siempre sentado sobre el vientre de Desirée chupó con fuerza, y luego puso el cigarrillo de punta por encima de un pezón de la muchacha, muy cerca, mirando de reojo a Murray.

—¿Qué? —inquirió—. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Qué demonios quieren ustedes? —gruñó John.

—Queremos que nos digas quién te pasó la información sobre Lacombe y Notti. Y será mejor que no compliques las cosas, o vamos a achicharrarle los pechos y la cara a tu amiguita del SDECE, y a ti te vamos a cortar todo lo que te sobra… ¿Comprendes?

—A ver si lo entiendo —deslizó Murray—… ¿No estamos camino de su cuartel general?

—Claro que no, tipo listo.

—¿O sea, que sus intenciones no son llevarnos prisioneros adonde podamos ver a su jefe y charlar con él, sino simplemente obtener de nosotros una información y luego matarnos?

—Es listo el americano, ¿verdad, Paolo? —sonrió Marco.

—¿Americano? Yo diría que no es americano. No, no lo es. Habla el italiano como… Sí, lo habla como un milanés. No es americano: es italiano, es de Milán.

—La chica ha dicho que se llama Murray y que es de la CIA.

—Que te digo que no, coño, que este tipo es italiano. Me apuesto los sonajeros.

—Pues no comprendo nada. A ver, tú, ¿en qué quedamos? ¿Eres americano o italiano? ¿Eres milanés o qué demonios eres?

John Murray ni siquiera lo miró. Estaba mirando socarronamente a Desirée, a la cual se dirigió con tono de pitorreo:

—O sea, que estás aguantándole a este sujeto todo lo que él quiera para nada. Porque ya has oído que no piensan llevarnos a su guarida para verle las barbas a Ignorantis, que sólo piensan estrujarnos y echarnos al mar.

—Pero yo creía que sí conseguiríamos algo de ellos —dijo Desirée.

—Pues ya ves que no. Estás soportando a ese cerdo para nada.

Paolo y Marco asistían al rápido diálogo entre mosqueados y desconcertados, pues talmente parecía que la francesa y el americano asumieran la situación como transitoria y fácilmente controlable por ellos en cuanto se lo propusieran. Marco quiso hacer un comentario sarcástico al respecto, y, justo en ese momento, Desirée movía velozmente su brazo izquierdo, agarraba con su aristocrática mano la derecha de Marco, y la apartaba. Marco respingó, apretó el gatillo enviando una bala a un tabique…,

y recibió sobre la sien izquierda un brutal golpe con el canto de la mano derecha de Desirée que lo arrancó de encima de la muchacha.

Ésta dio un tirón, quedándose con la pistola de Marco en la mano y girando ya hacia Paolo, que, viendo moverse a Murray, se disponía a disparar contra él.

Plop, plop, disparó Desirée.

Paolo recibió los dos balazos, casi juntos, en pleno corazón, y salió despedido violentamente de espaldas, para caer aparatosamente al suelo. Marco estaba sacudiendo la cabeza, dejó de hacerlo de pronto, vio a Desirée todavía apuntando a Paolo, y saltó sobre ella, aferrándose con ambas manos a la derecha de la francesa, jadeando furiosamente.

—Vas… a ver, perra…

Soltó una mano, que llevó a la garganta de Desirée, clavándola allí con terrible fuerza. Desirée le golpeó con la mano libre en la nariz, y de ésta brotó un chorro de sangre. Marco rugía como una bestia, pero parecía que sus fuerzas, en lugar de disminuir, aumentaban, debido a la furia que parecía enloquecerlo. Insistía en apretar el cuello de Desirée, que se contorsionó increíblemente, colocó una rodilla ante el pecho de Marco, y le empujó sin contemplaciones, haciéndole rodar lejos de ella.

Marco se puso en pie, con el rostro enrojecido y los ojos casi fuera de las órbitas.

Plop, plop, plop, disparó John con la pistola de Paolo.

Marco recibió una bala tras otra, y fue girando sobre sí mismo, como una peonza, hasta llegar a la entrada al camarote, con cuyo marco chocó y cayó de espaldas, descompuesto el rostro en una horrenda mueca de rabia y agonía…

Sonaron las pisadas precipitadas, y otro hombre entró en el camarín, pistola en mano, exclamando:

—¿Qué pas…?

Vio a Desirée todavía sentada en el suelo, apuntándole con la pistola de Marco, y, atragantándose con el respingo, comenzó a apuntarla a su vez.

Plop, plop, disparó de nuevo John Murray.

Una bala alcanzó a Massimo en el cuello, y la otra en la sien izquierda, haciéndolo girar lanzando un remolino de sangre alrededor y cayendo finalmente sobre el cadáver de Paolo.

—La lancha —exclamó Desirée—… ¡Va sin mandos!

John se precipitó a cubierta, mientras la lancha, en efecto, comenzaba a dar bandazos. Desirée gateó hacia donde había quedado su jersey, y se lo puso, sin acordarse del sujetador. La lancha recuperó una marcha estabilizada. Todo volvió a la normalidad.

Desirée salió a cubierta, dispuesta a comentar con John cuáles eran los siguientes pasos que convenía dar.

Lo vio todo casi al mismo tiempo: primero, a Murray mirando boquiabierto hacia arriba; acto seguido, la gran sombra que se proyectaba sobre el mar; y simultáneamente, por encima de ellos, el enorme dirigible de color verdoso que flotaba talmente como el más fantástico y divertido globo que un niño pudiera desear para sus juegos.

—¡Zambomba! —no pudo contener su exclamación Desirée Diderot.

Capítulo V

—Es enorme —dijo John—… ¡Enorme!

Era realmente enorme.

Debía de tener no menos de doscientos cincuenta metros de longitud, y un diámetro no inferior a veinticinco o treinta. La barquilla, también pintada de color verdoso, parecía capaz para contener no menos de cincuenta o sesenta pasajeros.

El enorme zeppelín volaba a baja altura sobre ellos, de modo que podían ver perfectamente la inscripción en la barquilla:

Skyfish 2500 LEONARDO

—Cielos, qué monstruosidad —pudo comentar por fin Desirée—. ¡Nunca había visto nada tan grande!

—¿Nunca habías visto un dirigible? —se sorprendió John.

Ella le dirigió una mirada socarrona.

—Vi una vez uno muy especial, pero era más pequeño que éste.

—¿Especial? ¿Qué es especial para ti?

—Estaba en un parque, para que jugasen los niños —se echó a reír Desirée—… ¿Crees que puede ser el mismo? Quiero decir el que mencionaban lo periódicos franceses cuando estábamos vigilando la villa.

—Ah, sí, recuerdo que comentaste la noticia. ¿El mismo…? Pues no sé. Tal vez lo sea, pero eso no nos importa a nosotros. Lo que nos importa es salir de este atolladero. Demonios, ¡tenemos tres muertos ahí dentro, cariño!

—Se trataba de ellos o de nosotros, ¿no?

—Naturalmente. Te aseguro que no tengo problemas de conciencia por eso… Y me parece que tú tampoco vas a morir de

sentimiento. ¿Te das cuenta?: ¡ni se le oye! Al dirigible, me refiero. Apuesto a que es una atracción turística. Seguramente deben de estar paseando turistas por el Egeo… No me sorprendería que los llevasen a darse una vuelta por encima de las Lípari.

—Te refieres a las islas Lípari…, que están a cien kilómetros de aquí, por lo menos.

—Sí, claro a esas islas. Bueno, tal vez estén demasiado lejos para una excursión en dirigible…, aunque tengo entendido que los modernos pueden alcanzar velocidades de hasta ciento cincuenta kilómetros por hora. Y seguramente más. Escucha, ¿quieres pilotar tú la lancha mientras yo empaqueto a esos tres para tirarlos al mar en cuanto perdamos de vista el dirigible?

—De acuerdo. Aunque perder de vista este monstruo no va a ser tan fácil.

—Toma rumbo diferente al suyo y en paz —dijo John, metiéndose en el interior de la lancha.

Desirée asintió, y comenzó el viraje. Por un momento le pareció que el verdoso artefacto iba a seguirla, pero no, continuó volando silenciosa y majestuosamente hacia el nordeste. Al parecer sí se dirigía a las Lípari. Lo estuvo mirando volviendo con frecuencia la cabeza, hasta que no sólo la distancia, sino la bruma caliginosa del mar lo diluyeron, parecieron absorberlo. John Murray salió a cubierta, se acercó a los mandos, y rodeó la cintura de Desirée con un brazo, inclinándose para besarla en una orejita…

—Los tiraremos al mar cuando estemos un poco más al norte…, y tras asegurarnos de que no hay nadie que pueda vernos ni tan siquiera con prismáticos. ¿Tú sabes quién era Leonardo?

—¿Da Vinci?

—Para los italianos decir Leonardo es suficiente.

—Pero tú no eres italiano —le sonrió Desirée—… ¿O sí? Lo digo porque esa gente ha comentado que tú eres de Milán… ¡Qué tontería, ¿verdad?!

—Estoy seguro —sonrió Murray— de que sabes desde el principio que no soy norteamericano, sino italiano. Apostaría cualquier cosa a que desde el principio supiste que soy italiano y que trabajo en el SID.

—¡Oh! —exclamó candorosamente Desirée—. ¡Pero qué me dices…!

—Está bien, ya hemos jugado bastante los dos, ¿no te parece? Soy italiano, me llamo Carlo Leone, y, en efecto, trabajo para el Servizio de Informazione e Difensa, o sea, el espionaje italiano. ¿De acuerdo? ¡Pero no me negarás que hago bastante bien el papel de agente de la CIA!

—Depende del público ante el cual actúes —se echó a reír Desirée—. Bueno, Carlo, ya que estamos en plan de sincerarnos, dime: ¿por qué estabas en Francia metido en este asunto?

—Vamos, tú ya tienes que haber comprendido esto, cariño… A los italianos también nos han secuestrado científicos de gran valía y renombre, incluso algunos que no eran Premios Nobel. Sencillamente, el rumor de que el profesor francés Noel Descartes se iba a instalar en esa villa llegó a nosotros, comprendimos la jugada francesa de tender una trampa extendiendo esa noticia, y decidimos que no se perdía nada enviando allá un… experto que fuese dúctil y que no se dejase dominar por el mal humor y el aburrimiento. Y yo fui el elegido…, entre otras cosas porque hablo el francés y el inglés a la perfección —soltó un gruñido—… O eso creía yo.

—Has estado magníficamente absurdo en tu papel de agente de la CIA —volvió a reír Desirée—. Bien, ya hemos aclarado las cosas entre nosotros, lo que me parece bien…, pero no suficiente. ¿Qué querías decirme de Leonardo da Vinci…?

De repente Desirée Diderot abrió mucho los ojos y la boca, y se quedó así, mirando hacia el frente, hacia el espumeante mar refulgente de sol. Una vez más volvió a girar y alzar la cabeza para mirar a John Murray-Carlo Leone el cual sonrió, guiñó un ojo, y dijo:

—¿Qué te parece mi idea?

—Oh, no —casi gimió la bellísima—… ¡Sería demasiado… fantástico y alambicado, Carlo!

—Escucha bien: el dirigible gigante estaba en la costa francesa hace unos días, y ahora está aquí. Tal vez no sea el mismo y yo sea un desquiciado fantástico, de acuerdo, pero… ¿qué otra pista tenemos? Si el dirigible que hemos visto no se llamase Leonardo ni se me habría ocurrido, pero te repetiré la pregunta: ¿sabes qué fue Leonardo?

—Fue un genial artista… y hombre de ciencia. Carlo, esto es… tan rebuscado…

—Mira, yo no he podido localizar a Henri Lacombe y a Juliano Notti en Palermo, pero está bien claro que estuvieron aquí, ¿no es cierto? Sus amigos querían liquidarnos por haber encontrado su pista, ¿sí o no? Estaban en Palermo, pero no en algún hotel, o fonda, o sitio más o menos accesible al público. Tal vez estaban en un sitio donde también tiene su campo de aterrizaje el dirigible, en un sitio privado, o quizás en el aeropuerto… Sólo tenemos que enterarnos del nombre del propietario del dirigible al que le han puesto el nombre de un científico genial en su tiempo, el nombre del científico posiblemente más universal: Leonardo da Vinci. Contéstame a una pregunta de lo más tonto: ¿cuál es el lugar más apropiado para encontrar a Leonardo… si estuviera vivo?

—El Templo de la Ciencia —susurró Desirée.

—No debe de ser una pregunta tan tonta esta mía cuando tú has encontrado tan rápida respuesta. Tal vez ese Ignorantis tenga un templo de ciencia y él quiera ser un nuevo Leonardo.

—Francamente, no veo relación alguna entre un ignorante y un templo dedicado a la ciencia. Ni veo relación entre un ignorante y Leonardo. De modo que tu idea de relacionar un dirigible llamado Leonardo con un sujeto que se hace llamar Ignorante…

—¡Pero está lo de Leonardo, que fue un científico además de un artista, y tenemos un dirigible que se llama Leonardo…! ¿Por que no interesarnos por ese dirigible, por su propietario o propietarios, y por el lugar donde permanece cuando no vuela?

—De acuerdo —aceptó finalmente Desirée—… Nos pondremos a trabajar en eso cuando regresemos a Palermo.

* * *

El propietario del dirigible Leonardo no era una sociedad, sino una persona privada, un hombre llamado Pietro Santammare, muy conocido en Palermo por sus muchos negocios.

Naturalmente, era multimillonario, y tenía relaciones de todas clases y muy buenas.

¿El dirigible? Ah, no, no estaba dedicado a pasear turistas, ni mucho menos. Era simplemente un caro capricho del señor Santammare, que al parecer, pensaba utilizar más adelante en alguno de sus negocios… que podía consistir, precisamente, en

montar una industria dedicada a la construcción de dirigibles. Por el momento el señor Santammare se limitaba a utilizar su dirigible, el Leonardo, igual que un niño utilizaría su juguete preferido.

¿Que dónde vivía el señor Santammare? Pues, el señor Santammare tenía por supuesto oficinas en Palermo, en Roma, en un par más de ciudades italianas, y en las más importantes de Europa… Pero vivir, lo que se dice vivir, vivía o cuando menos tenía su residencia privada en una grandiosa finca ubicada entre las localidades de Altofonte, Piana di Albanesi y Misilmeri, al sur de Palermo. Para llegar a la entrada oficial a la finca había que tomar la carretera de Agrigento, pero desviarse en cuanto viesen el cartel indicador de la localidad de Misilmeri. Una vez en Misilmeri se tomaba la carretera secundaria que iba hacia el sur paralela a la principal, y, apenas recorridos un par de kilómetros, se llegaba a la entrada a la finca «Santammare Sicilia»… No tenía pérdida.

¿Cómo era el señor Santammare? Bueno, el señor Santammare era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabellos y ojos negros, estatura mediana, complexión más bien atlética, y resultaba bastante atractivo en las fotografías de revistas que Desirée y Carlo Leone consiguieron ir encontrando.

Así que, entre indagaciones directas, datos recogidos en revistas de información general, y algunos datos en la prensa, los dos espías consiguieron mucho más de lo que se habrían atrevido a esperar del hombre que, por el momento, era su objetivo en su búsqueda del Templo de la Ciencia.

—Francamente —movió la cabeza Carlo Leone—, ahora que tengo todos estos datos me parece absurdo pensar que un hombre así se complique la vida secuestrando a nadie.

—No creo que se la complique mucho —replicó suavemente Desirée—… Se la complicaría precisamente un muerto de hambre que no tuviera ni siquiera automóvil, pero el señor Santammare puede hacer con facilidad todo cuanto se proponga.

—¿Qué quieres decir?

—Que con su dinero, sus amigos, su influencia, su finca, y todo lo demás, es precisamente una de las personas más idóneas para… construirse un Templo de la Ciencia a su medida.

—¿En su finca? —exclamó Carlo.

—¿Por qué no? Vamos, Carlo, no creerás que una cosa así la

emprende un desgraciado cualquiera, ¿verdad?

El apuesto italiano, antes americano, se quedó mirando pensativamente a la todavía más apuesta francesa. Por fin, movió la cabeza, masculló algo que no se le pudo entender, y terminó:

—De acuerdo. Iremos a por él. Y va a ser esta misma noche. Aprovechando la oscuridad podemos…

—Caer en cualquier trampa de las que formen parte del sistema de seguridad de su finca. ¿Es eso lo que ibas a decir?

—No… Pero tienes razón. Seguramente en su finca tiene vigilancia compuesta de hombres, perros, y sistemas electrónicos. Pero no creo que durante el día la vigilancia disminuya.

—Si te entiendo bien tú pretendes que entremos los dos solos y por nuestros propios medios en esa finca, a ver qué vemos que nos oriente respecto a si el señor Santammare tiene o no tiene algo que ver con los secuestros de los Premios Nobel.

—Exactamente.

—Pues para entrar ahí por nuestros propios medios sólo hay un procedimiento. Uno solo. Todos los demás sería jugarnos tontamente la vida, cosa que no pienso hacer. Prefiero descansar esta noche, y mañana por la mañana, tranquilamente, reanudar nuestro trabajo. No creo que durante unas horas Ignorantis haga muchas más salvajadas… como la del cerebro troceado.

—Está bien. ¿Cuál es ese único procedimiento?

* * *

—El señor Santammare les recibirá —dijo el portero encargado de la artística entrada a la finca—. Por favor, sigan el sendero hasta la casa y allí les atenderán.

—Muchas gracias —sonrió encantadoramente Desirée.

Arrancó. Las verjas fueron cerradas cuando el coche alquilado en Palermo aquella misma mañana hubo entrado en la finca. Hacía un día espléndido de sol. La tierra, cuidadísima, limpia, se extendía en campos ocres y blanquinosos como si fuera a llegar al fin del mundo. Todo estaba salpicado de olivos. A trechos, la tierra parecía de color violeta y tenía tonalidades como de pizarra…

Desde su caseta de la entrada el portero había anunciado la visita de los periodistas Diderot y Leone a la casa, y la respuesta

había tardado en llegar casi veinte minutos. Ahora, conseguida la autorización, circulaban por la fina pista privada de la finca. Seguramente les estaban observando desde varios puntos, pero no se veía a nadie, ni distinguieron ningún sistema de vigilancia más o menos sofisticada.

Y de pronto, apareció.

Desirée conducía atenta a la carretera y a los lados, pero Carlo, que dejaba vagar más la mirada, señaló de pronto hacia el frente y arriba, y ella vio en el acto el dirigible, que parecía suspendido del cielo azul pálido, Pero no estaba inmóvil, sino que viajaba muy lentamente. Era como una hermosa nube verdosa que el viento moviese dulcemente. Procedía del norte, del mar, y, como los visitantes, estaba llegando a la parte de la finca donde estaba la casa.

Cerca de la casa había más vegetación: palmeras, higueras, naranjos, y siempre olivos. También arbustos de flores. Vieron una pequeña zona en la que se habían construido cuatro pistas de tenis. Luego, más cerca de la casa, la piscina, que parecía talmente un hermoso lago irregular con un diámetro de promedio no inferior a los cincuenta metros. Alrededor de la piscina había palmeras y arbustos de flores. A un lado, en la parte más próxima a la casa, parasoles y sillones extensibles, y mesitas rodantes.

—Es un lugar insólito —murmuró Desirée.

—Hay más sitios así en Italia —murmuró también Carlo—…, pero no pertenecen a una sola persona.

La casa era grande, blanca, de tejado ocre y ventanas pintadas de un verde parecido al del dirigible, que ahora estaba prácticamente encima de la hermosa y amplia construcción. Delante de ésta había tres hombres esperando, y cuando Desirée detuvo el coche dos de ellos se acercaron a abrir las portezuelas. Desirée y Carlo se apearon, y los dos hombres se metieron en el coche y lo sacaron de allí, haciéndolo desaparecer. El tercer hombre se acercó a ellos, sonriente.

—Soy el mayordomo de «Santammare Sicilia» —se presentó—. Sean bien venidos. El señor Santammare los recibirá enseguida. ¿Desean esperarle en el salón o en la terraza de la piscina?

—En la terraza de la piscina —contestó rápidamente Desirée.

El mayordomo los precedió hacia allí, y los dejó solos,

regresando hacia la casa. Los otros dos sujetos reaparecieron, y el mayordomo les dio instrucciones que se materializaron cuando, apenas cinco minutos más tarde, ambos reaparecieron de nuevo, ahora procedentes del interior de la casa, empujando una de aquellas mesitas rodantes, que contenía café y refrescos. Los dos espías optaron por los refrescos.

El calor solar era una pura delicia.

Quedaron de nuevo solos. A unos trescientos metros, el enorme dirigible Leonardo había tomado tierra, y permanecía sin novedad, sin que de él saliese nadie ni nadie se le acercase.

—Caray —dijo Cario—… ¡Aquí viene uno de esos tipos que padecen stress y se cura en cuatro días!

Desirée no contestó.

Miraba significativamente hacia la casa, y Carlo comprendió su gesto cuando vio acercarse al nuevo personaje. Mediana estatura, cabellos negros y ondulados con algunas canas en las sienes, porte distinguido, rostro atractivo. Vestía un conjunto completamente blanco de pantalón, zapatos de piel y un fino jersey de *cashmere*.

Elegante y deslumbrante.

—Caray —masculló Carlo, poniéndose en pie.

Pietro Santammare llegó sonriendo ampliamente y con la mano derecha tendida en un gesto abierto, cordial, simpático, mundano.

—Señor Leone, señorita Diderot… Por favor, perdonen las diversas esperas, pero soy un hombre muy, muy ocupado.

—Lo comprendemos —asintió Carlo.

—Y le agradecemos que nos dedique parte de su precioso tiempo —le sonrió Desirée, tendiéndole la mano sin ponerse en pie.

La mirada del millonario italiano se clavó apasionadamente en la bella francesa, cuya mano retuvo unos segundos, antes de murmurar:

—Me alegra comprobar que ha valido la pena recibirles. Aunque me parece que son ustedes los que están perdiendo el tiempo: hace mucho que dejé de ser noticia, y actualmente sólo se acuerdan de mí cuando hago… algo nuevo.

—¿Por ejemplo lo de comprarse un dirigible? —sonrió Desirée.

—Sí —sonrió también Santammare—…, pero esa noticia ya no es nueva. Hace varias semanas que tengo el Leonardo. ¡No me digan que han venido a interesarse por el dirigible!

—Bueno… De todo un poco. A decir verdad estamos buscando un reportaje de interés para las páginas centrales de una revista de gran tirada de Paris cuyo nombre es Paris Femme. Quizá la haya oído nombrar.

—No —negó sonriente Pietro Santammare—, pero no importa. Pueden hacer ustedes sus preguntas… ¿No han traído cámara fotográfica?

—Sí, una pequeña —palmeó Desirée su maletín de viaje—, que servirá perfectamente para el caso. ¿Es cierto que ha comprado usted el Leonardo como una… diversión personal?

—Ni mucho menos —rechazó amablemente Santammare—. Lo he comprado para instalar en él el Templo de la Ciencia.

Los dos espías quedaron como petrificados un instante.

Enseguida Carlo Leone exclamó:

—¿Qué?

—El Templo de la Ciencia. ¿No ha oído hablar de él?

—Pues… no. NO.

—¿De veras? —abrió mucho los ojos el millonario—. ¿Y usted, señorita Diderot?

—Tampoco —negó Desirée.

—Me sorprende que sean tan ingenuamente mentirosos, En primer lugar, como periodistas, no es posible que hayan desatendido las informaciones respecto al Templo de la Ciencia que han estado apareciendo últimamente en los medios informativos de toda Europa, y yo diría que de todo el mundo, Y en segundo lugar, no deberían ofender ustedes de modo tan rudo mi inteligencia, Yo respeto la de ustedes por haber obtenido conclusiones y relaciones entre el Leonardo, el Templo de la Ciencia, y mi persona… ¿No querrán corresponder a mi amabilidad adjudicándome una dosis más bien abundante de inteligencia, previsión y organización de todos mis asuntos? Esto aparte, les vi a ustedes en Cap d’Antibes no hace mucho, y ayer mismo volví a verles desde el Leonardo cuando se dirigían mar adentro hacia el norte buscando una buena fosa a la que arrojar los cadáveres de Massimo, Marco y Paolo, Espero que encontrasen un lugar adecuado, y que esos tres cadáveres no vuelvan a la superficie fácilmente: los muertos siempre ocasionan engorros.

—No se preocupe usted —sonrió Desirée—: no volverán a la

superficie fácilmente, puede estar seguro.

Carlo Leone, que estaba estupefacto, sacudió la cabeza y masculló:

—¡Pues nos hemos lucido…! ¡Vaya un modo tonto de caer en una trampa!

—Yo no les he tendido ninguna trampa —rechazó el millonario —. Son ustedes los que se han metido solitos en ella, Por mi parte, ayer pude pulverizarlos desde el dirigible, pero me pareció… que podía ser demasiado comprometido, y preferí esperar a ver qué ocurría, Ustedes lo han hecho todo, yo me he limitado a esperarles, Veamos… Usted, señor Leone, trabaja para el SID, eso es incuestionable, pero… ¿para quién trabaja la señorita Diderot?

—Para el SDECE —dijo Desirée.

—¿Realmente? —se frunció el ceño de Santammare—. Sí, podría ser para el SDECE, pero no sé… No sé, Usted no parece una agente francesa.

—Quizá sea de la CIA —sonrió Desirée.

—Quizás —admitió Santammare; de pronto hizo un gesto como de impotencia—… Bueno, ¡díganme qué puedo hacer con ustedes!

—Le sugiero que tenga cuidado —dijo Carlo—: tanto el SDECE como el SID están al corriente de esta visita, que era de simple tanteo, Si bien ahora usted mismo se ha metido en el cepo al admitir que es Ignorantis… ¿O no es usted el tal Ignorantis?

Pietro Santammare sonrió enigmáticamente.

—¿Les gustaría conocer a Ignorantis? —indagó.

—Por supuesto que sí —dijo enseguida Desirée—… Y también nos gustaría mucho ver el Templo de la Ciencia.

—Ustedes dos me caen muy bien —sonrió Santammare, sacando de pronto una diminuta pistola—, de modo que voy a complacerles.

La pistola emitió dos chasquidos.

Desirée y Carlo sintieron el leve pinchazo en sus respectivos pechos.

Y al instante siguiente estaban dormidos.

Capítulo VI

Cuando despertaron se hallaron en un confortable saloncito, cada uno cómodamente instalado en un sillón. Había libros, un costosísimo tocadiscos, un refrigerador, alfombras… A la acecha se veía un ventanal alargado por el cual se divisaba el cielo.

Los dos experimentaron a la vez la leve sensación de movimiento, se miraron, y se precipitaron hacia el ventanal. Abajo y lejos divisaron la costa siciliana. Inmediatamente debajo de ellos estaba el mar. Viajaban en dirección norte… No, norte no… En dirección noroeste.

—Estamos viajando en el Leonardo —murmuró Desirée.

—Pero… ¿hacia dónde? En esta dirección sólo hay mar: el Tirreno. Aunque si seguimos en esta dirección, claro está, regresaríamos a Francia… Tal vez sea allí donde está Ignorantis y el Templo de la Ciencia.

—Tal vez —aceptó Desirée—. Vamos a ver si podemos salir de este saloncito y qué encontramos ahí fuera.

—La puerta debe de estar cerrada —apuntó Carlo.

Parecía del todo lógico, pero no, no estaba cerrada. Simplemente, la manilla cedió cuando Desirée la bajó. Abrió la puerta, y salió a un pasillo, seguida de Carlo, que comentó:

—Nos han quitado las armas.

—Naturalmente. Y mi maletín. Todo. ¿Te das cuenta de las proporciones de esta barquilla?

—Sí. Es enorme; pero no me extraña, pues no hace mucho leí que se estaban construyendo dirigibles capaces de transportar barquillas en las que podrían viajar más de doscientos pasajeros. Es decir, que el Leonardo es uno de esos dirigibles monstruo en el que caben más de doscientas personas… Y viaja muy silenciosamente.

—Sí… Es muy agradable. Veamos, tenemos el pasillo al cual dan varias salitas como la que estábamos ocupando. Hacia el frente de

la marcha, una puerta más, que sin duda cierra la cabina de mandos. Y hacia popa otra puerta… Creo que esa última puerta es la que nos interesa.

—Tal vez —asintió Carlo Leone—, pero echemos un vistazo antes a estas salitas.

Comenzaron a abrir puertas. En efecto, todo eran pequeños y confortables compartimientos, algunos de ellos destinados a dormitorios en los que el espacio estaba muy bien aprovechado con literas apiladas. No parecía haber nada de especial interés en las diferentes cabinas que inspeccionaron, de modo que, finalmente, fueron hacia la puerta de popa y la abrieron.

Ante sus ojos quedó toda la extensión del formidable laboratorio.

Los dos espías quedaron inmóviles, y más y más impresionados cuando, en aquel magnífico laboratorio ultramoderno vieron a los hombres que fueron identificando, todos ellos conocidísimos hombres de ciencia, la mayoría poseedores del Premio Nobel. Se trabajaba en silencio, en un ambiente luminoso, y se percibía enseguida un aire fresco y limpio. Todo era moderno, aséptico y lujoso a la vez. Todo era de primerísima calidad, todo era allí de primerísima categoría empezando por los materiales, siguiendo por las costosísimas instalaciones del laboratorio, y terminando por los científicos que trabajaban en él. Desirée tocó con un codo suavemente a Carlo Leone, y éste la miró, captó su gesto, y, siguiendo la dirección de su mirada distinguió al profesor Helmutt Damm, el Premio Nobel cuyo cerebro se decía que había sido troceado. Lo cual, evidentemente, era mentira…

Pero en el laboratorio no sólo había científicos, sino también hombres de vigilancia, hermosos jóvenes todos de talla superior al metro ochenta y ataviados con monos de color verde claro y material brillante; llevaban un cinto del que pendía un pequeño radioemisor y una pistola. Uno de estos hermosos vigilantes se acercó a los dos espías, y dijo amablemente.

—Ignorantis les atenderá enseguida. Suban por ahí, por favor.

Señaló una escalerilla de plástico que ascendía hasta el techo de la barquilla y terminaba en una compuerta. Un sencillo cálculo hacía comprender rápidamente que en el techo terminaba la barquilla, y, consecuentemente, ya que ésta iba adherida a la

envoltura de poliuretano por su parte superior, después del techo sólo podía estar el gran puro conteniendo el gas.

—Por ahí sólo se va a la envoltura donde está el gas —murmuró Carlo.

—Suban —sonrió el hombre.

Desirée fue la primera en hacerlo. Se volvió a mirar el espectáculo del laboratorio lleno de Premios Nobel que trabajaban sosegadamente, al parecer sin preocupación alguna, ni temor de ninguna clase. Desirée empujó la trampilla que estaba encima de su cabeza, y ésta, tan sólo al ser tocada, funcionó eléctricamente terminando de alzarse. Subieron por la escalerilla, y accedieron a un lugar donde el silencio era impresionante y, salvo un rincón, todo estaba a oscuras.

Precisamente en ese rincón iluminado estaba Ignorantis.

Al verlo, Carlo Leone respingó, y se quedó mirándolo incrédulamente.

—Vengan, vengan, acérquense —dijo Ignorantis, en inglés—… Encenderé la luz para que no tropiecen con nada.

El lugar quedó magníficamente iluminado. Parecía que se hallasen en una gran caja de zapatos cerrada. No había ventanas ni, al parecer, contacto alguno con el exterior. La impresión que producía era la de un aula, cuya cabecera ocupaba Ignorantis. Frente a él, separadas en dos mitades por un estrecho pasillo, había no menos de cuarenta consolas, cada una con su ordenador, todos ellos desocupados en aquel momento, y con las pantallas apagadas.

—Acérquense, acérquense —insistió amablemente Ignorantis—. Y por favor, no toquen nada. Tengan cuidado. Como pueden comprender, en un lugar como este no es espacio lo que sobra.

Se acercaron los dos, recorriendo lentamente el pasillo hacia la cátedra de Ignorantis, que era una enorme consola con varias pantallas. Ignorantis se había puesto en pie, y les esperaba en un lado de la tarima sobre la cual estaba su enorme ordenador. Vestía una larga túnica blanca y sandalias igualmente blancas… Pero lo verdaderamente notable de Ignorantis era su cabeza, o, mejor dicho, su frente. Todo en él era o parecía absolutamente normal, menos su cabeza desde las cejas hacia arriba. Su frente era sencillamente enorme, y sus sienes parecían hinchadas. Su cráneo era tan grande que dentro de él se debía de albergar un cerebro

cuatro veces más grande que el de cualquier ser humano normal; era como un globo, sin cabello alguno, surcado de venas y lleno de pequeñas protuberancias. Al servicio de tan enorme cerebro dos ojos azules contemplaban irónicamente a los prisioneros del Leonardo.

—Tengo entendido que querían ustedes conocerme —dijo—. Espero de sus ratoniles inteligencias que ya habrán comprendido que soy Ignorantis.

Desirée mostró una sonrisa fruncida. Carlo Leone también frunció el ceño, pero sin sonreír.

—Me pregunto —dijo— para qué quiere semejante cabezón un ignorante. Porque amigo, ¡vaya si es usted un cabezón! Seguro que su madre le enviaba a comprar veinte kilos de patatas utilizando su gorra como cesto.

—Es un chiste viejo y malo, señor Leone. Y por supuesto refleja a la perfección su inteligencia y su personalidad grosera y vulgar.

—Tal vez. Pero puede estar cierto de que ni Desirée ni yo tenemos nada de ratoniles. Usted sí que parece un ratón cabezón. ¿Qué comedia está usted representando?

—¿Comedia? ¿Comedia? Empiezo a lamentar haberlos recibido. Tenía noticias de que sus diminutos cerebros funcionaban a un nivel aceptable dentro de las limitaciones de los seres inferiores, pero según parece eran noticias falsas.

—Comprenda usted que no nos guste que nos llamen ratones —sonrió Desirée—. Del mismo modo que a usted no le ha gustado que le llamen cabezón. En cualquier caso estamos muy interesados por todo esto, se lo aseguro. Y casi me atrevería a asegurar también que seremos capaces de comprender sus explicaciones…, si es usted tan amable de facilitárnoslas.

—Me está usted hablando como se habla a los niños malos para manejarlos y que se porten bien.

—¿Y no es usted un niño malo? —sonrió Desirée.

—¿Qué es ser malo, según usted?

—Pues, por ejemplo, ser malo es quitarle la vida a nuestros semejantes. Y usted lo está haciendo con total indiferencia: lo mismo para enviar un cerebro troceado que para arrojar unas cuantas bombas caseras desde un helicóptero y encima cargarse también a sus empleados que iban en el helicóptero.

—Oh, eso… ¡Insignificancias, señorita Diderot!

—Sí, ya me imaginaba que eso eran pequeñeces comparadas con sus grandes planes globales definitivos. Sin duda tiene usted unos vastísimos, colosales, admirables planes de envergadura inimaginable. ¿No es así, genio de los genios?

—Percibo un cierto sarcasmo en el tono de su voz, señorita Diderot.

—Pero ella no le ha llamado cabezón, como yo —dijo Carlo—… ¿Qué demonios se propone usted con todo esto?

—¿Y qué es todo esto, señor Leone? —le miró vivamente Ignorantis.

—El secuestro de Premios Nobel, ese laboratorio, esta sala llena de ordenadores… ¿Es éste el Templo de la Ciencia? ¿Esta sala, o el laboratorio…, o todo el dirigible, todo el Leonardo?

—Así es, señor Leone…

—¡Menuda majadería!

—… Aunque últimamente, si me permite usted terminar, he descubierto… o mejor dicho he identificado el verdadero Templo de la Ciencia. Y es por eso que tengo que llevar adelante mi plan general, al que he bautizado con el nombre de Ignorantis. Y por eso he tomado ese nombre, aunque espero que hayan comprendido que yo no tengo nada de ignorante. ¿Les gustaría ver el verdadero Templo de la Ciencia tal como finalmente yo lo he entendido y comprendido?

—Por supuesto —masculló Carlo.

—En ese caso, sean tan amables de ocupar los asientos ante dos consolas: les voy a proyectar un video.

Desirée y Carlo se miraron, asintieron, y se sentaron ante dos pantallas contiguas. Ignorantis ocupó su sitio de catedrático, mientras explicaba:

—No crean ustedes que desde este sitio imparto conocimientos a mis invitados, como voy a hacer ahora con ustedes. Precisamente es al revés: ellos me están instruyendo a mí. Pocas personas comprenderían el privilegio que significa tener como maestros a los más eminentes científicos del mundo, pero yo lo comprendo muy bien, y me estoy haciendo digno de ello, de ese… privilegio exquisito.

—¿Qué quiere decir exactamente? —gruñó Carlo.

—Quiero decir que diariamente, a veces durante un par de horas, a veces más, mis invitados ocupan sus sitios donde están ahora ustedes, y cada uno de ellos, por turno, introduce en su ordenador todos los conocimientos que ha ido adquiriendo a lo largo de su admirable vida dedicada a la Ciencia; es decir, no introduce todos los datos de golpe, naturalmente, sino que lo va haciendo paulatinamente, dosificándolos por sesiones. Todos los datos que introduce cada profesor en su ordenador aparecen en las pantallas de los demás, y, por supuesto, en mi gran pantalla central que ahora tengo ante mí. Cuando alguno de los demás profesores tiene algo que añadir o comentar a la información del profesor en turno de enseñanza, solicita tiempo de intervención, y, a la información del profesor de turno añade la suya… Así, en mi ordenador se van acumulando enseñanzas que se complementan, formando un conjunto absolutamente admirable. Digamos que mi ordenador personal se está convirtiendo en una computadora fabulosa, que contiene los conocimientos sumados de los más eminentes científicos del mundo. Y naturalmente, yo voy aprendiendo esas informaciones.

—¿Quiere decir —preguntó Desirée— que usted está aprendiendo por este sistema lo que saben en conjunto todos sus prisioneros?

—Invitados —corrigió Ignorantis—. Pero sí, eso he querido decir, señorita Diderot: todos los conocimientos de todos mis invitados están pasando a mi cerebro. Comprenderán que dicho órgano ha tenido que… superar las barreras y limitaciones de un cráneo que se me quedaba pequeño, así que, simplemente, y como era de esperar en una máquina tan perfecta como el Hombre, mi cráneo se… amplió, para dar cabida a un cerebro que estaba adquiriendo tantos conocimientos que se ha convertido… en un Templo de la Ciencia.

—¿El Templo de la Ciencia es su cabeza? —se pasmó Carlo Leone.

—Estoy en estos últimos días debatiéndome en dudas al respecto. Al principio, y puesto que aquí era donde mis invitados prosiguen con sus geniales aportaciones a la Ciencia, lo más acertado me parecía conceder el título de Templo de la Ciencia al dirigible. Luego, a medida que yo he ido adquiriendo cuantiosos y

fabulosos conocimientos, y mi cerebro se ha ido desarrollando, se me ocurrió que el mayor Templo de la Ciencia que existe es el cerebro del Hombre, y, puesto que de todos los cerebros del mundo el mío es el más grande, lógicamente el Templo de la Ciencia debía ser… mi cabeza, como dice usted. Pero a medida que pasan los días, a medida que mis invitados van aportándome más y más conocimientos, a medida que mi genialidad y mi talento y mi sapiencia aumentan, aumenta y se desarrolla también un grandioso conocimiento definitivo, deslumbrante, admirable, maravilloso, perfectamente acorde con mi talento genial… y ese grandioso conocimiento definitivo es el de que sólo hay una cosa que merezca ser llamada El Templo de la Ciencia.

Ignorantis se calló, un tanto teatralmente, creando un silencio de auténtico suspense.

—¿Qué cosa? —preguntó Desirée.

—Observen sus pantallas.

Se iluminaron todas las pantallas de aquella sala hermética, ofreciendo la misma imagen. Desirée y Carlo observaban las suyas respectivas, en las cuales apareció la imagen del Planeta Tierra, visto a vuelo de astronauta lejano e ideal, pardo y azul y blanco, bello y silencioso, flotando en el espacio incoloro.

—La Tierra —susurró Ignorantis—… He aquí el único y auténtico Templo de la Ciencia.

—¿Quiere decir… que todo el planeta es un… un Templo de la Ciencia? —inquirió Desirée.

—Naturalmente, señorita Diderot. ¿Es que no lo han comprendido? ¿De dónde proviene todo, desde el alimento a los conocimientos del ser humano? Todo se lo proporciona la Tierra, todo está en la Tierra, y el Hombre sólo tiene que ir descubriéndolo, cosa que está haciendo muy lenta y torpemente. Piensen en los mares, en el aire, en la tierra, en los vegetales y en los animales, en los metales y en los gases… En todo. Todo está ahí, a nuestro alcance, todo se nos ofrece a fin de que sepamos todo cuanto se puede saber. ¿Y qué hacemos los hombres? En lugar de aprender y evolucionar estamos dedicados a majaderías de todos los estilos y calibres, desde dejarnos engañar por supercherías de brujos a organizar tremendas guerras espantosas. ¿No están de acuerdo conmigo?

—En eso y hasta ahí, sí —admitió Desirée.

—De acuerdo —gruñó Carlo.

—Pues bien, yo voy a terminar con todo eso. Voy a terminar con las majaderías y las guerras de una vez para siempre. Voy a convertir el mundo en lo que es, o sea, en un Templo de la Ciencia. Se van a terminar las guerras, las religiones y las imbecilidades mil que motivan a los seres humanos, cada vez más numerosos y más torpes, más groseros, egoístas, malvados e ignorantes, cada vez más animalizados, cada vez más tendentes a consumir no sólo productos vitales, sino su propio entorno ecológico; cada vez más brutal y absurdamente malvados y egoístas, hasta el extremo de que no respetan las vidas de sus semejantes, ni tan siquiera las suyas propias; cada vez más y más destructores del Templo de la Ciencia…, hasta que, sin la menor duda, llegaríamos al fatídico día en que todo el planeta sería arrasado, destruido vilmente por una o mil bombas que convertirían el Templo de la Ciencia en un desierto de arena quemada y muerta buena para nada. Yo voy a terminar con todo esto, pueden estar seguros, yo voy a impedir que el Hombre derribe el Templo de la Ciencia… ¿Y saben cómo?

—¿Cómo? —susurró Desirée.

—Muy sencillamente: exterminando al Hombre, a todo el género humano, de la faz de la Tierra.

—¡Usted está loco! —respingó Carlo, poniéndose en pie de un salto.

—¿Se lo parece así, señor Leone? ¿Opina igual, señorita Diderot?

—Sería un acto criminal, exterminar a la Humanidad —murmuró Desirée.

—¿Un acto… criminal? —pareció pasmarse Ignorantis—. ¿Y cómo calificaría usted las guerras, por ejemplo? ¿Y cómo calificaría usted el acto de estar exterminando un planeta vivo que, a fin de cuentas, es todo lo que realmente tiene el Hombre? Veamos, señorita Diderot: ¿qué le parece a usted que es más importante, la Tierra o el Hombre?

—La Tierra no tendría objeto de existir si no existiera el Hombre en ella —masculló Carlo Leone.

—Pero… ¿usted se da cuenta de los que dice? —exclamó Ignorantis, escandalizado, echándose a reír seguidamente—. ¡Qué barbaridad! ¡Pero si lo más dañino que tiene nuestro pobre planeta

es el ser humano, el maldito Hombre! Quite usted al Hombre de la Tierra y ésta volverá a ser un Paraíso total. Extermine a esa mala bestia innoble llamada Hombre, y el planeta Tierra ofrecerá de nuevo toda su belleza y sus riquezas vitales en lugar de basuras. Por eso, salvo los… invitados que iré reuniendo en el próximo año, todos los demás seres humanos de este planeta serán exterminados.

—¿De qué modo?

—Pues, precisamente, en eso están trabajando mis invitados, señorita Diderot: entre todos ellos están elaborando un virus que podrá ser fácilmente extendido por todo el planeta y que, en veinticuatro horas, exterminará a toda la Humanidad.

—Y a los animales y plantas, supongo —deslizó Carlo.

—Desde luego que no, señor Leone —rechazó Ignorantis—. Si deseara que muriesen también los animales y las plantas no tendría problema alguno, ni tendría que esperar, pues virus de esos capaces de terminar con todo signo de vida ya lo tienen los norteamericanos, los rusos y otros. Y yo sólo quiero exterminar al ser humano, de modo que mis invitados están trabajando en eso, en conseguir un virus de tales características que solamente afecte a la vida humana. ¿Cuánto tardaremos? Depende del ritmo de trabajo, y, sobre todo, de la colaboración de los científicos que todavía quedan por integrarse en mi grupo y que sin duda harán aportaciones valiosísimas.

—Es decir —dijo con voz neutra Carlo Leone—, que usted piensa seguir secuestrando científicos del más alto nivel para que, entre todos, elaboren un virus letal exclusivamente para el género humano, de modo que dentro de un año o dos no quede ninguno vivo en el Planeta Tierra.

—Exactamente —sonrió Ignorantis—. Y en estos derroteros comprenderán ustedes que sus vidas, o las de algunos pocos desgraciados, no tienen para mí el menor significado.

—Se comprende, se comprende —dijo sarcásticamente Carlo—. Pero… ¿y si yo le partiese a usted la cabezota ahora mismo de una simple y vulgar patada?

—No haga caso a Carlo —pidió risueñamente Desirée—… Lo que él quiere decir en realidad es que desearía por encima de todo sobrevivir cuando la Tierra sea lo que tiene que ser, esto es, El Templo de la Ciencia. En lo que a mí respecta, desde luego, le

aseguro que haría cualquier cosa con tal de vivir en ese nuevo y fascinante mundo que usted sin duda va a lograr.

—Ustedes no van a sobrevivir.

—¿Y por qué no? Bien tendrá usted que disponer de servidores normales, ¿no es así? ¿O con usted sólo tendrá Premios Nobel? No me diga que los va a utilizar para cocinar, o cuidar su jardín o su piscina, o conducir su coche o este dirigible… Necesitará personas normales y corrientes como Carlo y yo, ¿no es así? ¿Por qué no nosotros? No somos sus enemigos personales, y si nos hemos enfrentado lo único que le hemos demostrado es que somos duros e inteligentes… ¿Por qué prescindir de nosotros?

Ignorantis estuvo unos segundos mirando fijamente a Desirée. De pronto, miró a Carlo Leone, que se había calmado y, por supuesto, había comprendido que la actitud de Desirée era la adecuada para conservar la vida.

—¿Piensa usted igual que la señorita Diderot, señor Leone?

—Desde luego —gruñó Carlo—. Disculpe mi rabieta de antes. La verdad es que me gustaría sobrevivir, aunque fuese sirviéndole a usted.

Ignorantis se echó a reír.

—¡Ustedes creen que están tratando con un pobre tonto al que van a poder engañar en un momento dado! —exclamó—. ¡Eso no sucederá nunca, pero me gustaría ver qué hacen para conseguirlo! Por eso les voy a dejar vivos, porque ustedes me divierten.

Capítulo VII

—De modo que le divertimos —mascculló Cario—... ¡Cabezón del demonio!

—Ssst —se llevó un dedito a los labios Desirée, riendo—... ¡Puede estar oyéndonos por medio de micrófonos!

Carlo echó un vistazo alrededor por toda la pequeña salita donde habían vuelto custodiados por dos apuestos guardianes del Leonardo, y terminó por soltar otro gruñido.

—¡Qué va a estar escuchándonos...! —barbotó—. ¡Somos demasiado insignificantes para que nos dedique su tiempo! Debe de estar llenando de información científica su cabezota de melón hipertrófico. Maldita sea, Desi, ¡tenemos que hacer algo!

—Podríamos intentar conseguir un arma y hacernos con el control del dirigible.

—Olvídalo. No se puede realizar según qué clase de acciones en un lugar como éste.

—Sí..., es como una trampa. Si se tratase de quitar de en medio a un par de esos guapos muchachos armados, y luego escapar corriendo, se podría intentar, pero... ¿adónde iríamos aunque venciésemos a dos o tres y dispusiéramos de armas? Seguiríamos encerrados, y nos acribillarían o volverían a dormimos con gases...

La puerta del compartimiento se abrió en aquel momento, y entraron tres científicos. Dos de ellos eran Premios Nobel, a los que Desirée y Carlo conocían sobradamente debido a su prestigio en el mundo científico.

—De modo —dijo uno de los científicos— que ustedes son los malditos espías que pretenden incordiar en nuestra labor, ¿eh? ¡Pues no van a conseguirlo! ¡Y les advertimos que como intenten algo contra nuestro maestro se las van a ver con nosotros!

—No somos gente de acción ni de amenazas —dijo otro—, pero esto tiene que quedar bien claro, ¿de acuerdo? Miren ustedes,

Ignorantis se ha gastado una fortuna en nuestros equipos y en este dirigible con todas sus instalaciones: laboratorio en la barquilla, vivienda como esta que ustedes ocupan ahora, el salón de estudios camuflado dentro de la estructura envolvente del dirigible… Todo es aquí de primera calidad en todos los sentidos, y no vamos a permitir que dos espías cualquiera arruinen esta obra y esta labor.

—Nosotros —se señaló el pecho con un dedo el tercer científico, por cierto uno de los Nobel— deseamos hacer lo que estamos haciendo con vistas al futuro de la Tierra, a la conservación, gloria, esplendor y engrandecimiento de este fabuloso Templo de la Ciencia, así que… ¡cuidadito con lo que hacen, porque aunque Ignorantis les haya perdonado la vida nosotros no somos tan compasivos! ¿Está todo esto bien claro?

Mientras hablaba este último científico, mostrando una gran indignación y hasta furia, tendía un papel doblado varias veces a Carlo Leone, que lo tomó, desconcertado. Se disponía a decir algo cuando Desirée replicó a los visitantes:

—No tienen que molestarse ni preocuparse, señores: nosotros hemos decidido también ponernos del lado de Ignorantis.

—Ah… Entonces todo irá bien. Hemos venido solamente a decirles esto. No lo olviden.

Los tres científicos abandonaron el compartimiento, y Carlo Leone desdobló el pequeño papel que le habían puesto en la mano. Desirée y él leyeron a la vez lo que había escrito en inglés:

POR EL AMOR DE DIOS… ¡HAGAN LO QUE SEA PARA LIBRARNOS DE ESTE LOCO!

Carlo Leone miró a Desirée, ella asintió, y él hizo una bola con el papel y se la tragó, en silencio, sin el menor comentario. Por supuesto, la actitud de los tres científicos demostraba bien claramente que sí les estaba oyendo, o que, cuando menos, ellos estaban convencidos de que Ignorantis no se descuidaba de ninguna manera.

Carlo reaccionó de pronto, iniciando una comedia por si realmente les estaban escuchando:

—A decir verdad —dijo—, creo que lo que más nos conviene, se mire como se mire, es ponernos del lado de Ignorantis.

—Es cierto —admitió Desirée—. ¿Qué futuro nos esperaría si

lucháramos contra él y volviéramos a nuestra vida anterior? Seguir jugándonos la vida por unos cuantos dólares, francos o liras, hasta que alguien terminara con nuestras vidas de un modo u otro, y eso no tardando mucho, porque no se puede decir que nuestra profesión sea de las que ofrecen un más alto índice de longevidad. En cambio, poniéndonos de parte de Ignorantis tenemos un futuro espléndido…, y hasta diría que esplendoroso.

—¿Esplendoroso? —alzó las cejas Carlo—. ¿No exageras?

—Claro que no. Piensa que estaríamos junto al hombre más sabio del mundo, el que más cosas sabría en todos los campos de la ciencia… ¿No cabe esperar que algo de su sabiduría se nos contagiara?

—Tal vez. Pero si tan sabio es… ¿por qué se llama Ignorantis?

—Pues no se me ocurre —se sorprendió Desirée.

Iba a añadir algo más, pero en aquel momento se abrió de nuevo la puerta del compartimiento, y entraron dos de los bellos guardianes del Leonardo.

—Sean tan amables de acompañarnos —dijo uno de ellos—: Ignorantis les está esperando.

—¿Qué pasa ahora? —se interesó Cario.

Ni siquiera se molestaron en contestarle. Los llevaron otra vez al laboratorio inundado de sol que penetraba por las ventanillas de la barquilla, y desde aquí, por la escalerilla de antes, accedieron al aula donde, en efecto, Ignorantis les estaba esperando, siempre sentado en su cátedra, ante la gran computadora aglutinadora de conocimientos científicos.

—¿Ustedes recuerdan el nombre de aquel filósofo que dijo que sólo sabía que no sabía nada? —preguntó de buenas a primeras Ignorantis.

—Yo no —masculló Carlo Leone.

—¿Sócrates? —aventuró Desirée.

Los azules ojos del cabezudo personaje los contemplaban con divertida perfidia. De repente, Ignorantis se echó a reír.

—¡Ya ven qué cosas…! Tanto que sé, y no recuerdo eso, y al parecer tampoco lo recuerdan ustedes. Pero, en fin, viene a cuento porque voy a tener la amabilidad de contestar a uno de sus… interrogantes. ¿Que por qué me puse de nombre Ignorantis en lugar de… Sapientisimus, por ejemplo? Pues porque era lo lógico. Vean,

yo no voy a decir, como mi admirado predecesor en Filosofía, que sólo sé que no sé nada, ya que decir semejante cosa sería inexacto. Ahora bien, lo tristemente cierto es que aunque viviera mil años jamás dispondría de tiempo suficiente para aprender todo lo que el Templo de la Ciencia nos ofrece. Luego, sé algo. Sé, al menos, lo suficiente para saber que cuanto más sé, sé que menos sé. ¿Me comprenden?

—Desde luego. Usted ha comprendido ya que estudiar es aprender a saber que no sabemos nada.

—¡Tanto como nada…! —se echó a reír Ignorantis—. Pero bueno, les he traído de nuevo aquí no sólo para aclararles esa duda respecto a la elección de mi nombre, sino para algo más importante. Por favor, siéntense y vean una nueva grabación en video.

Desirée y Carlo se sentaron de nuevo ante sendas pantallas, en las que de pronto aparecieron ellos conversando. Se les oía perfectamente. La puerta del compartimiento en el que se hallaban se abrió, y entraron los tres científicos, que tras mostrarse tan enfadados y amenazadores con ellos les entregaban el papel y se marchaban. Se veía incluso a Desirée y a Carlo leyendo el papel y luego a Carlo tragándoselo.

La grabación terminó aquí.

Los dos espías miraron a Ignorantis, que les contemplaba con expresión cada vez más sarcástica.

—¿Qué ponía en el papel? —preguntó.

—No lo recordamos —replicó Carlo.

—Les dije antes que ustedes me divierten, y ya ven que es así. Lo estoy pasando bien con ustedes, y a lo mejor hasta sigo utilizándolos para mis risas y bromas. Pero no quiero bromas con mis profesores invitados. ¿Qué ponía en el papel que les han entregado tan… discretamente?

—Ponía: Por el amor de Dios… ¡hagan lo que sea para librarnos de este loco! —explicó Desirée.

La mirada de Ignorantis se tornó maligna.

—Señorita Diderot, soy yo quien se divierte con ustedes, no ustedes conmigo —dijo secamente.

—Le aseguro que ponía eso. ¿Verdad, Carlo?

—Seguro que sí, cariño. Dime una cosa: ¿a ti te complace que el cabezón se divierta con nosotros?

—Ni pizca.

—Pues el juego ha terminado —aseguró Carlo Leone.

Se puso en pie rápidamente, salió al pasillo entre los grupos de ordenadores, mirando agresivamente a Ignorantis, y, sencillamente, éste apagó la luz de la hermética sala. La oscuridad fue súbita y total, y Carlo quedó como clavado al suelo. Inmediatamente, comenzó a oírse, como lejano, un silbido intermitente, y, mezclado con él, la carcajada de Ignorantis.

—Maldita sea su estampa —jadeó Carlo—... ¡Desirée, tenemos que localizarlo y partirle la cabezota!

—De acuerdo —se oyó la voz de ella en la oscuridad.

Volvió a oírse la risa estentórea de Ignorantis, siempre con el silbido intermitente como fondo. Carlo y Desirée comenzaron a buscar a tientas al cabezón, tropezando a cada paso, pues no conocían el terreno como Ignorantis. Además, pronto se oyó el chasquido eléctrico, la compuerta que comunicaba con la barquilla se abrió, y rápidamente vieron la silueta del primer guardián entrando en el aula, pistola en mano.

—¡No los matéis! —llegó la orden de Ignorantis—. ¡Los quiero vivos, para enseñarles a respetarme!

Carlo se acercaba ya a la compuerta a nivel del piso, dispuesto a enfrentarse al primer guardián y hacerse con su pistola, pero el bello muchacho extendió el brazo, apretó el gatillo de su arma, y algo parecido a un diminuto relámpago brotó de ella, acertando en pleno pecho al espía, que sintió un calambre brutal que recorrió todo su cuerpo, y, al instante siguiente, se encontró de rodillas y con la sensación súbita de que acababan de darle una paliza tremenda.

Desirée apareció ante el guardián, y lo derribó contra el tabique de un escalofriante golpe de karate en un lado de la cabeza. El hombre quedó sin sentido, y Desirée se inclinó, recogió la pistola, vio aparecer a otro guardián, y le disparó. El hombre lanzó un grito, y desapareció por el hueco de la compuerta. Abajo se oyó el golpetazo de su cuerpo. En el laboratorio se oyeron gritos de alarma.

Desirée se arrodilló junto a Carlo, y le pasó un brazo por la espalda.

—¿Estás bien? —se interesó.

—Parece que tenga… todos los huesos rotos —jadeó Carlo.

—Quédate aquí. Voy a ver si consigo matar a Ignorantis…, aunque sea con las manos.

Se irguió, y disparó con la pistola eléctrica hacia el centro de la sala. El azulado relámpago iluminó brevemente el lugar. Lo suficiente para que Desirée situase la cátedra, y fuese hacia allí. Disparó de nuevo para proporcionarse luz, de nuevo vio la cátedra, y continuó acercándose.

—Usted no puede hacer milagros —dijo—, de modo que permanece en esta sala. Y yo lo voy a matar.

Se oyó la risa de Ignorantis, y, de repente, a la derecha de Desirée destelló uno de aquellos relámpagos. La espía respingó, se volvió velozmente…, y recibió de lleno el impacto. Lanzó un grito, soltó la pistola, y cayó de espaldas contra una de las consolas del aula, rebotando y cayendo al suelo de bruces.

—¡Desi! —jadeó Carlo—. ¡Desirée, cariño…!

De nuevo se oyó la risa de Ignorantis. La luz del aula se encendió. Carlo, puesto en pie tambaleante, vio a Desirée tendida de bruces en el suelo, haciendo esfuerzos por ponerse en pie. Corrió hacia ella, le dio la vuelta, y vio su rostro crispado por el dolor.

—Santo Dios, es… es horrible… —jadeó la espía.

—Sí, pero todavía estamos vivos. Si consigo ponerle la mano encima a ese cabeza de calabaza…

—Estoy aquí, señor Leone —se oyó la divertida voz de Ignorantis.

Carlo se volvió…, y el cabezudo personaje le disparó, derribándolo de nuevo con la sensación de una paliza horrenda. Desirée reaccionó, se puso de rodillas, y sus ojos se posaron fieramente en Ignorantis, que se acercaba a ellos por el pasillo, sonriente.

—Acércate, fantasmón, y verás…

¡Fssss!, siseó de nuevo la pequeña descarga eléctrica. Acertó a Desirée en el pecho, y la derribó de nuevo. Carlo se arrastró hacia ella, con la sensación de tener rotos todos los huesos. Ni siquiera pudo llegar a su lado. Varios guardianes subieron rápidamente, los agarraron a los dos, y, bajo las órdenes de Ignorantis los llevaron al laboratorio, donde estaban ahora sumidos en total silencio e inmóviles todos los científicos. Parecía que todo fuese irreal, como

un extraño sueño lleno de luz solar. Desirée y Carlo apenas podían sostenerse en pie, por lo que cada uno era sostenido por dos de los guardianes.

—¡Colocadlos ante la salida de emergencia! —ordenó Ignorantis.

Uno de los soldados apretó el botón de una de las ventanillas, que se abrió. Una andanada de aire fresco con intenso olor y sabor a mar entró en el laboratorio, pareció talmente que el mundo se ensanchase. Posiblemente fue este aire yodado y denso el que reanimó a Carlo y Desirée. Ambos miraron hacia el exterior, y luego a Ignorantis, que apareció junto a ellos tambaleándose a efectos del peso de su cabeza.

—Ya les dije a ustedes que me divertían —explicó incisivamente —… y todavía van a divertirme más. ¿Saben a qué altura estamos ahora con el Leonardo? ¡A más de dos mil metros! A esta altura, mis invitados recogen por lo general muestras de la atmósfera en este lado del Tirreno y las distintas corrientes más o menos periódicas de aire, porque desde aquí, desde este mar que considero mío desde siempre, y en el cual se instalará el centro del nuevo mundo, del Templo de la Ciencia que yo crearé, partirán los primeros virus hacia el resto del planeta. Desde aquí, desde este punto exacto, se iniciará la nueva era del Templo de la Ciencia en el cual yo seré el Gran Científico precursor de un nuevo paraíso sin escorias. Pues bien: desde aquí van a ser arrojados ustedes ahora mismo, y luego bajaremos a recoger sus reventados cuerpos para estudiar… científicamente los resultados de tan desagradable amerizaje. ¡Arrojadlos fuera!

—¡Un momento! —pidió Desirée—. ¡Quisiera decir algo… algo que es de vital importancia… para la Ciencia!

—¿Usted? —se pasmó Ignorantis—. ¿Usted pretende decir algo de vital importancia para la Ciencia? ¡No me haga reír, señorita Diderot!

—Le aseguro… le aseguro que es cierto… ¡Tienen que escucharme!

El silencio era expectante.

Todas las miradas estaban ahora fijas en Desirée: la de Ignorantis incrédula, la de los científicos desconcertada e inquieta, la de los ocho guardias indiferente.

—Está bien —autorizó Ignorantis—. No perdemos nada

dedicándole unos pocos segundos. Diga lo que sea.

—Me dirijo a los científicos aquí reunidos —dijo rápidamente Desirée—: por el momento, Ignorantis pretende asesinar a los tres que vinieron a pedirnos ayuda, de lo cual él se ha enterado. Posteriormente, cuando les haya exprimido a todos y cada uno de ustedes sus respectivos conocimientos, los iré asesinando, para que no exista ningún científico que pueda comparársele en el Templo de la Ciencia. O acaban con él, o él acabará con todos ustedes.

El pasmo era total, absoluto. Nadie había tenido tiempo de reaccionar ante las palabras de la espía, ni siquiera Ignorantis, que parecía de piedra ahora.

El primero en reaccionar fue un científico, que lanzando un grito de rabia se abalanzó contra uno de los guardianes del Leonardo. El atlético sujeto no tuvo problema alguno para desembarazarse del enclenque atacante con un golpe en la barbilla que le partió la mandíbula…, pero esto fue lo peor que pudo hacer: al instante siguiente, motivados por las palabras de Desirée y por sus propios temores que les habían impulsado a pedir la ayuda de los dos espías, el resto de los científicos pasaron al ataque en masa. Los guardianes comenzaron a disparar contra ellos, pero los poco aguerridos científicos ya no se amilanaron, dispuestos a defender su futuro profesional, su libertad y sus vidas contra de aquel cabezón al que, ciertamente, consideraban un loco peligroso.

Como suele decirse, ¡o ahora o nunca!

Y fue ahora.

Algunos científicos, alcanzados por los relámpagos, cayeron gritando de dolor, sometidos a aquella especie de paliza, pero los restantes arrollaron finalmente a los guardianes, que corrieron todos hacia el pasillo, por el cual desaparecieron.

Pero los científicos estaban ya lanzados, y, armados con las pistolas eléctricas, les dispararon a la espalda, derribándolos entre maldiciones y gritos de dolor.

Junto a ellos, armado también de una pistola, Carlo Leone disparaba a su vez:

—¡Que no escape ni uno! —vociferaba—. ¡Que sepan cómo duele esto!

En el ahora casi solitario laboratorio, Ignorantis, que se había encogido y arrinconado para no estar inmerso en el peligroso

tumulto, clavó de pronto su furibunda mirada en la señorita Diderot, y barbotó:

—Maldita seas, tú has tenido la culpa…

La atacó ferozmente…, o al menos eso debió de pensar él, pero Desirée Diderot lo detuvo en seco con un directo en el pecho que dejó a Ignorantis con los ojos casi fuera de las órbitas y la boca desencajada…, mientras una lentilla de contacto saltaba de su ojo derecho, dejando al descubierto un ojo negro.

—¡Atiza! —exclamó Carlo Leone, vuelto hacia ellos y todavía apuntando a Ignorantis.

Los científicos también se volvieron.

En aquel momento la señorita Diderot lanzaba un golpe con el canto de la mano a la cabeza de Ignorantis.

Un golpe horizontal, que tuvo unas consecuencias absolutamente inesperadas para los científicos: la parte superior de la enorme y calva cabeza saltó, dejando al descubierto una cabeza normal, con hermosos cabellos oscuros ondulados y unas atractivas canas.

—Pero… ¡si es Pietro Santammare! —exclamó uno de los científicos.

—Efectivamente —dijo Desirée—. Un auténtico chiflado que se proponía tener mucho más de lo que ya tenía: nada menos que… todo el Templo de la Ciencia para él solo.

—Pues se le ha terminado la diversión —dijo Carlo, acercándose—, lo vamos a llevar a Roma, para que lo juzguen o lo metan en un manicomio…, y ahora será él quien nos divertirá a todos nosotros. Tú, cabezón, ven aq…

—¡Mierda para todos vosotros, gusanos! —aulló Ignorantis.

Y sin que ni siquiera la señorita Diderot pudiera reaccionar a tiempo para impedírselo, saltó con elegancia olímpica por el hueco de la ventanilla de emergencia, precipitándose hacia el mar, que le aguardaba a más de dos mil metros más abajo…

Este es el final

—¡Zambomba! —exclamó Frankie—. El tal Ignorantis debía de estar loco perdido, ¿no?

—Sí que lo estaba —admitió Brigitte—… Aunque, como todos los locos, tuviese un poco de razón. Un poco de razón, y mucha maldad.

—Te pasa cada cosa.

—¿A mí? —murmuró Brigitte, sorprendida—. ¡Nada de eso! Es una historia que me contaron y que a mi vez he querido contarte a ti para pasar el rato.

—O sea, que me tratas como a un perfecto idiota —masculló Minello, furioso.

—Esa aventura le ocurrió a una amiga mía, Frankie. Una francesa llamada Desirée Diderot. Últimamente te he contado algunas aventuras de conocidos míos, ¿no es cierto?

—¡Esa tal Desirée Diderot eras tú! He aquí cómo ocurrieron las cosas de verdad. Tu amiguito *Monsieur* Nez te llamó. Ese que todos los años te envía unas cuantas cajas de champán Dom Perignon. Él te llamó y te dijo: «Brigitte, querida, tenemos un plan para intentar encontrar una pista respecto a los secuestros de Premios Nobel. Necesitamos una mujer valiente, que no le tema ni al mismísimo diablo. Y como siempre, pensamos en usted». Después de eso, cariño, tú fuiste a Cap d'Antibes para intervenir en ese plan que bien claro está que mereció tu aprobación. Fuiste allá con el nombre de Desirée Diderot, apoyada por documentación proporcionada por los franceses y preparada para que nadie dudase que eras una periodista de la revista Paris Femme. ¿No fue así? Lo único que me falta saber es qué ocurrió con el simpático Carlo Leone. ¿Qué pasó con él, señorita Diderot?

Brigitte tuvo que admitirlo una vez más: su querido Frankie no tenía un pelo de tonto.

—Bueno —suspiró—. Después de que Ignorantis se lanzó al vacío Carlo fue a la cabina de mandos de la nave, dominó a los tripulantes del Leonardo y les dijo que el juego había terminado. Continuamos rumbo a Niza, donde *Monsieur* Nez nos esperaba para hacerse cargo de todo… Y allí desapareció la señorita Diderot, y el señor Carlo Leone quedó solo y triste, asegurando que jamás la olvidaría.

—Ah, ahora sí te creo por completo —murmuró Frank Minello.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Super Secret Service*. < <

[2] Véase la aventura titulada *Mil veces espía*. <<